

BIBLIOTECA SELECTA DEL TEATRO PRINCIPAL

Judex



NOVELA CINEMATOGRAFICA

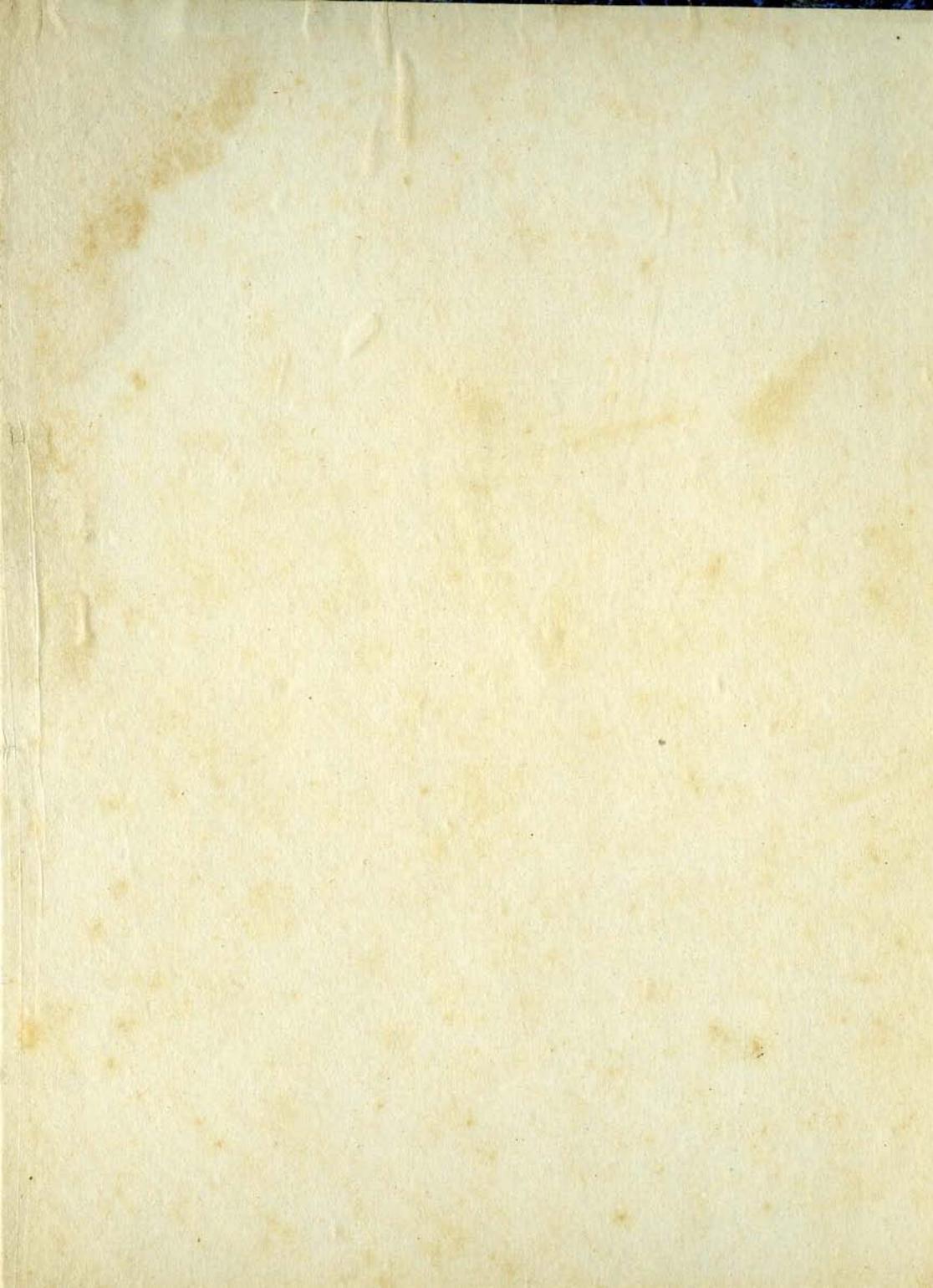
en doce Episodios
de la casa Gaumont

Estrenada con éxito extraordinario el día 1.º de Abril
de 1917



ARTES GRAFICAS

L
18



506127

1002801



Biblioteca selecta del Teatro Principal

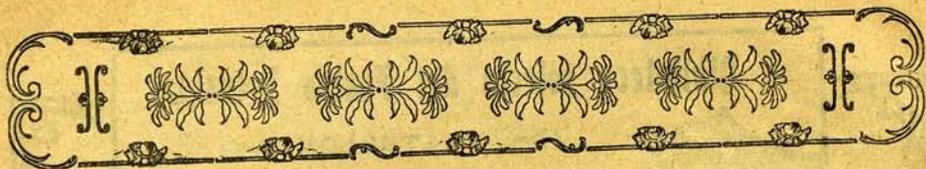
CASTELLON



NOVELA CINE-
MATOGRAFICA

EN DOCE EPI-
: SODIOS, POR :

Arthur BERNEDE
Louis FEUILLADE



J U D E X

PRIMER EPISODIO

La sombra misteriosa

En París

EN un elegante entresuelo de uno de los barrios más ricos de París, vivía un joven de cierta elegancia, llamado Morales. Pero bajo las apariencias del más perfecto gentleman, en Morales se ocultaba un reincidente peligroso, Roberto Kerjean. Con él vivía su amiga, una aventurera de su especie, Diana Monti, y ambos llevaban una vida de crápula y de lujo alimentada por el producto de no pocos timos y estafas.

Diana, linda y coqueta, ha conocido al riquísimo banquero Favraux y muy hábilmente ha sabido hacerse amar por él. Han convenido de que el financiero la hará su esposa, en cuanto su hija, Blanca Aubry, viuda desde hace cuatro años, vuelva a casarse. Para poder tener a su amiga constantemente cerca de él, Favraux la ha hecho entrar

en su casa en calidad de institutriz con lo que Diana Monti se ocupará en lo sucesivo del nieto de éste; del encantador Juanito a quien la señora Aubry idolatra y en el que ha puesto todas sus esperanzas. Pero Diana Monti no se va a casar con el banquero por amor. Lo que ella codicia es su inmensa fortuna, que piensa compartir Morales después de su boda, cuando de un modo o de otro haya conseguido desembarazarse de su molesto esposo. El plan de los dos aventureros parece estar a punto de realizarse. En efecto, el Vizconde Amaury de la Rochefontaine, un noble cubierto de deudas, pero que ostenta uno de los apellidos más ilustres de Francia, ha pedido al banquero la mano de su hija y no es que sienta por ella ni afecto, ni profunda ternura, si no por la necesi-

dad que tiene de redorar su blasón y de alejar de él la jauría de acreedores que casi diariamente se dan cita en su casa.

Deseando casarse lo antes posible con Diana Monti, el banquero acepta con alegría la petición que le hace el vizconde, y la transmite a su hija, acompañada de tales comentarios y observaciones que Blanca, para complacer a su padre, la acepta inmediatamente. La respuesta favorable que Favraux da por teléfono a su futuro yerno, produce inmediatamente el efecto de alejar de él los acreedores más molestos, por ser bien conocido el enorme crédito del banquero.

El vagabundo del destino

Pero un hombre que pasaba a algunas leguas de París iba a tirar por tierra todas las combinaciones y a desbaratar todas las intrigas.

Por la desierta y blanca carretera que va de París a Ruen, un viejo caminante, agobiado por la fatiga y la miseria, marcha lentamente con inseguro paso.

Parándose de pronto, coloca su mano a guisa de pantalla delante de los ojos y por un instante pasea su mirada sobre los blancos muros y los rojos tejados de un pueblo que se destaca entre la nota verde de los árboles. Después de vacilar por momentos, vuelve a emprender la marcha, apoyado en un bastón nudoso, y moviendo la cabeza, lleno de desaliento sigue

por la carretera casi desierta y se dirige hacia la Alcaldía, en donde entra con paso vacilante. No sin trabajo consigue encontrar al secretario y con su sombrero en la mano se dirige a él.

— Quisiera saber lo que ha sido de mi hijo Roberto Kerjean que debe tener ya treinta años.

En el primer momento el funcionario hace un gesto evasivo, pero habiendo examinado a su interlocutor le reconoce y le dice con brusco tono:

— Su hijo ha seguido su ejemplo.... Fué por malos caminos y ha sufrido varias condenas... Debió cambiar de nombre, pues no se sabe lo que ha sido de él...

Sin desplegar sus labios, el viejo caminante se retira y se aleja del pueblo. Se marcha desolado, su espalda se encorva como si el peso de su moral hubiera aumentado enormemente y ardientes lagrimas surcan sus arrugadas mejillas.

A algunos kilómetros de allí, el castillo de Sablons se destaca su blanca y elegante silueta entre un arbolado frondosísimo. El anciano caminante se para y contempla a través de la verja de hierro una selecta y numerosa concurrencia entregada a los placeres de una garden party. El pobre viejo deja errar su mirada sobre el grupo en medio del cual se destaca la bella Blanca Aubry, hija del banquero Favraux, el propietario del Castillo. Cerca de ella Juanito, su hijo, niño de cinco años, juega y se divierte acariciado por los rayos del sol, mientras su institutriz,

Diana Monti, habla en voz baja con el financiero.

En tanto que el caminante mira a través de las verjas, el secretario del banquero, el señor Vallieres, hombre de cierta edad y de aspecto débil y delicado se acerca a él.

— Diga al señor Favraux que quiero hablarle...

Vallieres cree que se trata de un mendigo y sacando del bolsillo algunas monedas de plata, quiere darselas pero el pobre viejo insiste.

— No le pido limosna; le repito que es preciso que hable con el señor Favraux.

Entonces y en vista de esta insistencia, el secretario va en busca del banquero, quien arregañadientes se decide a venir a ver por sí mismo qué es lo que quiere de él aquel extraño visitante. A través de los barrotes de hierro, Favraux parlamenta aunque algo rudamente: — Pero qué es lo que usted desea?

De repente el caminante se ha eruido; su sombrero caído en tierra, descubre un rostro minado por la miseria, pero en el que brillan dos ojos negros y amenazadores; su voz, momentos antes apagada y ronca, tiene en aquel instante una sonoridad que nadie hubiera sospechado.

— No me reconoce usted?

— Es la primera vez que le veo.

A esta respuesta Kerjean se indigna y sacando de su mugrienta chaqueta un papel cuidadosamente doblado, lo lanza al rostro del banquero, al mismo

tiempo que pasa a través de la reja una mano amenazadora que obliga a retroceder a éste y a acercarse a su secretario que vigila al caminante. El banquero lee la carta que tan brutalmente acaban de arrojarle al rostro y que dice así:

Banquero Favraux

Me llamo Pedro Kerjean, yo era un hombre honrado. Seducido por los prospectos financieros con que me iba usted el país, le confié mi dinero. No solamente me ha arruinado V. sino que también me arrastró a pesar mío a especulaciones poco limpias que motivaron mi condena a veinte años de trabajos forzados. Mi mujer murió de pena. Mi hijo se ha convertido en un malvado. No le pido a V. dinero, ni tan siquiera deseo vengarme. Vengosolamente a intimarle a que me ayude a encontrar a mi hijo Roberto y a salvarle de la infamia.

Pedro Kerjean

La cara del banquero se contrae en un gesto de cólera y con brusco movimiento rompe la carta, tira los pedazos al suelo y dice al caminante:

— Siga usted su camino y si tiene derechos que hacer valer, diríjase a la Justicia...

Y volvía a unirse a sus invitados, mientras Vallieres contemplaba alejarse al anciano y recogía los trozos de la carta rota que el banquero había arrojado a un macizo de flores.

Han transcurrido algunos instantes después de este incidente. Llamado a París por un asunto urgente, Favraux sube a su auto, que él mismo conduce; a su lado se ha instalado el chauffeur. Emprende la marcha y bien pronto en la blanca carretera no se percibe sino un punto confuso entre una nube de polvo. De repente, en el camino, surge la silueta de un vianjante; es Pedro Kerjean que prosigue su marcha. Favraux le ha reconocido y hace funcionar la sirena aunque sin disminuir la velocidad y en el mismo momento atropella al desgraciado caminante que desaparece entre las ruedas del vehí-

En París

Al día siguiente por la mañana Favraux encontraba en su despacho de París, y colocada bien en evidencia, esta extraña misiva:

No contento con arruinar y deshonestar a la gente, llega V. también a asesinarla. Le ordeno, para expiar sus crímenes, que haga donación de la mitad de su fortuna a la Asistencia Pública.

Tiene V. de tiempo para hacerlo hasta mañana a las diez de la noche.

Fudex



culo. Favraux continúa su desenfrenada carrera, acelerando su velocidad, mientras Pedro Kerjean se endereza penosamente y vuelve a caer definitivamente en la carretera.

A pesar de todo su escepticismo, Favraux se inquieta y para dilucidar aquel misterio, se encamina a la Agencia Celeritas, dirigida por el señor Pachón, a quien piensa encargar, en per-

sona, de una investigación sobre este asunto.

A su llegada, Jonas, el mozo de despacho que plácidamente se hallaba en brazos de Morfeo, tiene que interrumpir a disgusto su sueño y en pocas palabras le explica que el señor Pachón ha muerto hace algunos días, pero que don Casto, su sobrino continúa los negocios.

El banquero penetra en el despacho de don Casto a quien Jonas ha anunciado su venida.

Era el primer cliente con quien iba a tratar el heredero de la Agencia Ce-

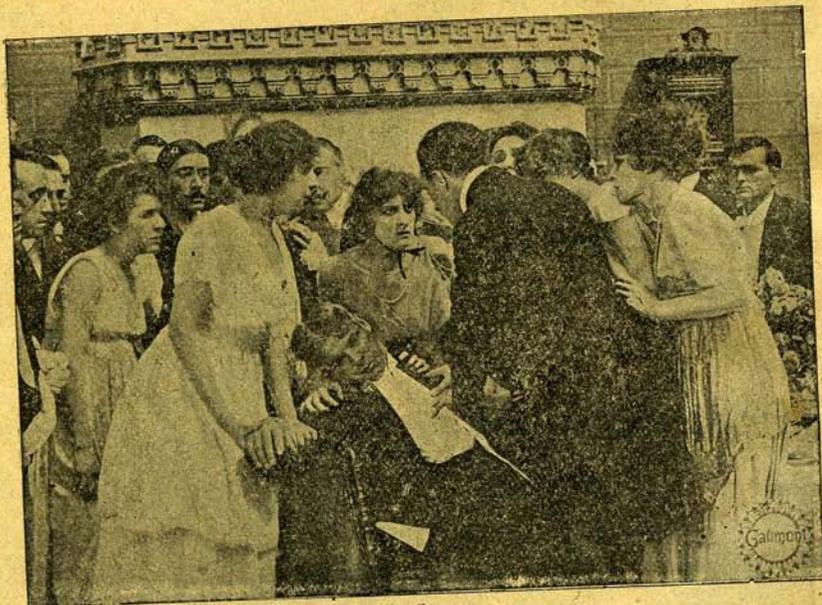
Al día siguiente Favraux llega a Sablons acompañado por el director de la Agencia Celeritas.

Apenas han entrado en el despacho, cuando un criado presenta al banquero en una bandeja una carta dirigida a su nombre que acaba de encontrar en la antesala. Favraux la abre con la mano temblorosa, la carta dice así:

Si antes de las diez de la noche no ha entregado V. a la Asistencia Pública la mitad de su fortuna mal adquirida, será demasiado tarde.

Judex

Favraux, que ha palidecido, presen-



leritas. Después de un breve conciliábulo, don Casto hace saber al banquero que irá a pasar con él en su castillo todo el día siguiente, tomando desde luego todas aquellas precauciones que juzgue necesarias.

ta la carta a don Casto el cual la examina atentamente mientras en su semblante se pinta la inquietud más viva, y apoderándose de ella se la guarda en el bolsillo en el momento en que su cliente iba a romperla.

Sin pérdida de tiempo el director de la Agencia Celeritas se pone a observar y escudriñar el parque y el castillo.

Esta operación le permitió descubrir al poco tiempo disimulado entre unos arbustos al banquero en amorosa conversación con Diana Monti.

* * *

Aquella noche se daba un gran banquete en el Castillo con motivo de los esponsales de Blanca con el vizconde de la Rochefontaine y hasta las diez, no ocurrió nada que pudiera calificarse de anormal, por lo menos en apariencia. Era el momento de los postres, Favraux se había levantado y con la copa en la mano se disponía a brindar a la salud de los futuros esposos, cuando al dar las diez en el reloj, el banquero se desplomó como herido por un rayo. Un doctor salido de entre el grupo de invitados se precipitó en socorro del anfitrión y se dió cuenta, en medio de la estupefacción general, que éste acaba de sucumbir víctima de una embolia fulminante.

Aterrado por este debut en sus funciones de detective, don Casto toma el partido de callarse acerca de las cartas recibidas por Favraux.

* * *

Han pasado algunos días después de esos tristes sucesos, y tras no pocas dudas y vacilaciones, don Casto se decide a poner en manos de Blanca las misteriosas cartas que Judex ha dirigido a su padre y al recibirlas la joven se indigna y exclama:

— Estas cartas son una infamia y presagian sin duda algún «chantage»

A solas con el secretario de su padre Blanca le interroga.

— Vallieres, dígame que no hay una palabra de verdad en todo esto.

— Sí la hay, por desgracia.

Y algún tiempo después y siempre del mismo modo misterioso y desconocido, la señora Aubry recibía una extensa memoria en la que se encontraban compendiadas algunas de las ruinas causadas por su padre y reveladas por el enigmático Judex.

Sin tardanza, el mismo día siguiente, ante notario y testigos Blanca, lega toda la herencia de su padre a la Asistencia Pública, pero el vizconde de la Rochefontaine a quien esta donación destruye todas sus esperanzas, interroga a su novia sobre los motivos que la han inducido a un acto semejante; la joven comprende entonces que el gallardo aristócrata no aspiraba a su corazón, sino a su fortuna, y bruscamente le despide.

Pocos días después despedía toda la servidumbre, y Diana Monti, la institutriz de su hijo, veía, llena de despecho y de coraje, el hundimiento de todos sus proyectos.

Antes de dejar para siempre el Castillo de Sablons que sin duda iba a convertirse en refugio de algunos desheredados de la fortuna, Blanca llamó a una mujer de confianza y le dijo:

— Mi buena Mariana, a su padre y a usted confía a Juanito, mi pobre hijo a quien crió usted. Soy pobre ahora voy a trabajar para él.

Y los dos honrados servidores se llevaban al niño, mientras que desde la ventana, Blanca, con la muerte en el corazón, enviaba amantes besos al ser querido, a cuyo porvenir iba a consagrarse enteramente.

A la llegada de la noche, ya sola en el Castillo, la señora Aubry se disponía a partir. De repente sonó el timbre del teléfono. Blanca cogió un receptor y claramente oyó y reconoció la voz de su padre que le decía:

increíble aventura de que fueron teatro las ruínas del Castillo Rojo, la misma noche del entierro de Favraux?

Judex, el misterioso Judex, ayudado por su hermano Rogelio y algunos hombres de confianza se habían apoderado del cuerpo de Favraux y lo habían transportado a un laboratorio preparado en uno de los subterráneos de una vieja fortaleza. Gracias a procedimientos solo por ellos conocidos, los dos jóvenes habían reanimado al



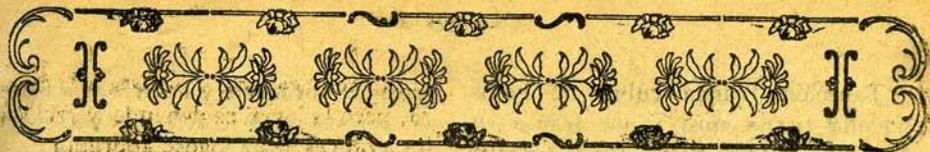
—Blanca, hija mía, perdóname.

Entonces convencida de que era juguete de una alucinación, huye a través de los grandes salones vacíos, llega al parque y desaparece con paso rápido por la carretera mientras la va envolviendo poco a poco el manto de la noche.

¿Cómo había ella de sospechar la

banquero de su catalepsia, y era él mismo quien aquella noche había hablado por teléfono a su hija.

Y mientras tanto, Blanca, creyéndose víctima de una de sus ilusiones que da la fiebre, continuaba durante la noche su ruta hacia lo desconocido; pero una sombra difusa, seguía sus pasos como un misterioso protector.



J U D E X

SEGUNDO EPISODIO

La Expiación

Algunas leguas de la capital, la nodriza y su familia crían al niño como si fuera un aldeanito, haciéndole gozar de la tranquila y sana vida del campo. Hélo aquí ayudando a cargar un carro de hortalizas que debe ir a París aquella noche, y con sus bracitos hace grandes esfuerzos para levantar del suelo una col enorme.

Los honrados labradores no pueden dejar de sonreír al ver la conciencia con que se aplica a su trabajo aquel niño al que aman y cuidan como si fuera su propio hijo.

Este se ve interrumpido en su tarea por la llegada del cartero que le trae una carta de su mamá, carta que la buena Mariana se apresura a leer y que dice así:

Gracias a algunos anuncios puestos en los periódicos he podido encontrar varias lecciones de inglés y de piano. Vivo en un cuartito de una pensión de familia, y sería casi dichosa si pudiera

tener cerca de mí a mi Juanito, a tí mi querido hijito a quien envío mil besos cariñosos. He aquí el nombre por el que soy conocida y mis señas. Juana Bertin en casa de la Sra Chapuis.— Pasaje de S. Fernando n.º 10.— Neuilly sur Seine.

Y Juanito besa con ternura aquel papel que le trae noticias de su mamá querida y lo oprime cariñosamente contra su pecho.

Su nodriza le hace que conteste inmediatamente y aquella mañana en Neuilly, Blanca, que como todos los días se prepara para ir a dar sus lecciones, recibe a su vez noticias de su hijo, que con una inhábil escritura ha garabeteado estas líneas:

Mamá, Mariana me lleva la mano para que te envíe muchos besos, con la esperanza de verte bien pronto, mi verdadera mamaita querida.

*Tu niño que te quiere,
Juan*

También Blanca cubre de besos aquella tierna misiva que trae a su memoria los días felices que se fueron, pero que fortifica en ella la energía, y que le da aun más bríos para trabajar por el porvenir de aquel ser querido en el que ella ha puesto todas sus esperanzas.

Contempla con ojos arrasados en lágrimas el retrato de Juanito que está colocado en sitio bien visible, y en la alegre mirada de su hijo, cree ver una dulce sonrisa agradecida que la llena de contento.

Al salir, en la calle solitaria se encuentra de repente con un antiguo conocido: es el ex-secretario de su padre, el bondadoso Vallieres que parece hallarse en aquel sitio por casualidad. Blanca amablemente se inquiere de su vida y muy gustosa le da noticias de la suya.

Ya hemos dicho que Blanca se ve obligada a dar lecciones para ganar su vida. Héla aquí en casa de una de sus discípulas, Gisela de Birargues, de la cual es profesora de piano; esta alumna es encantadora y guarda a su maestra toda clase de atenciones.

El hermano de Gisela, César de Birargues, asiste a la llegada de Blanca, de la cual se enamora desde el primer momento, y ruega a su hermana que le presente a ella. Aunque ésta lo hace inmediatamente, Blanca no acepta las galanterías del joven sino con extrema frialdad, pero éste que se ha sentado aparte durante la lección de piano continúa mirándola a hurtadillas.

En aquel momento anuncian a Gisela una visita importante y aprovechando su ausencia César hace a Blanca una declaración en toda regla y

pretende abrazarla y besarla a la fuerza, pero la joven se defiende y rechaza los avances de su fogoso adorador.

* * *

A todo esto, en el Cally Bar, Diana Monti, la un tiempo institutriz de Juanito, conversa con su amante, el aventurero Morales; éste, que se entretiene en leer un periódico mientras escucha distraído las palabras de su amante, descubre de pronto el siguiente suelto que se apresura a comunicar a su compañera:

«La muerte del banquero Favraux ha tenido un misterioso epílogo. Rompiendo sus relaciones con el Vizconde de R., la hija del desgraciado financiero ha desaparecido después de haber dado toda su fortuna a los pobres. Unos dicen que ha entrado en un convento, otros la suponen en América... Misterio...!»

Mientras Diana se entera de esta noticia, César de Birargues, que es parroquiano del establecimiento y amigo de Morales, se acerca a ellos.

El aspecto de César es malhumorado y triste; Morales le interroga y él confiesa:

—Estoy enamorado como un principiante de una joven que me rechaza.

El aventurero sonríe:

—Si no es más que eso, no ha de ser muy difícil contentarle.

César le dirige una mirada interrogadora, Morales continúa.

—No veo otro medio, un raptó; y solo le costará a V. 10.000 francos.

Y como César le pide más amplios detalles, añade:

—Raptamos la muchacha, V. llega,

la salva, el agradecimiento la echa en sus brazos y el asunto concluido

Y César acepta el indigno convenio que se le propone.

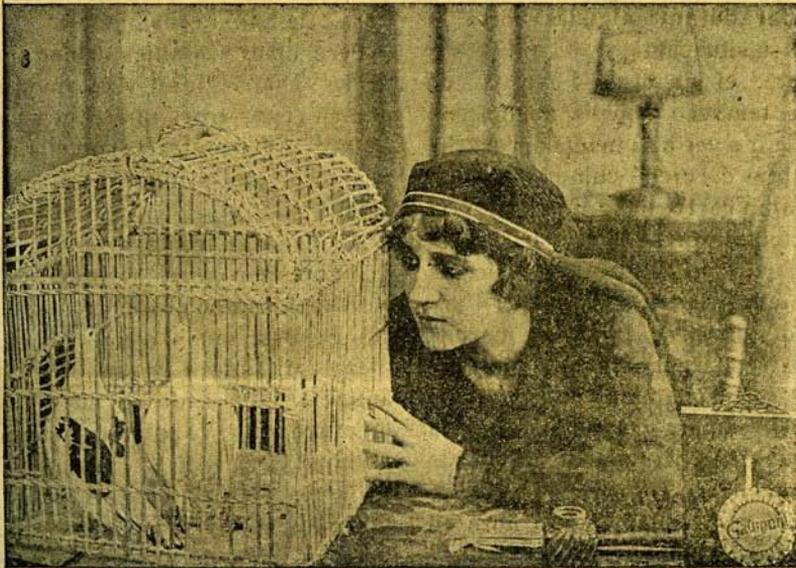
*
**

Aquella noche, después de una laboriosa jornada, Blanca vuelve a su casa como de costumbre y encuentra sobre su mesa una jaula de mimbre en la que

el misterioso portador que ha traído las palomas y la carta, pero la señora Chapuis le afirma que le es completamente desconocido.

*
**

—¿Quién era pues el misterioso Judex? Hélo aquí. Es un hombre joven, gallardo, de ojos francos y brillantes, vive con su hermano Rogelio en los



están aprisionadas dos blancas palomas; una de ellas está atada a una de las barras de la jaula.

Blanca la abre y lee estas palabras que la turban grandemente,

Señora:

Si algún peligro le amenaza, ponga en libertad esas palomas e irá a socorrerla; velo por usted.

Judex

Muy intrigada trata de enterarse por la dueña de la casa, de quien ha sido

subterráneos del Castillo Rojo, en los que ha instalado su laboratorio al que ha dotado de cuantos perfeccionamientos modernos se conocen

A través de un cristal deslustrado de fotógrafo y por medio de un espejo móvil, estos dos hombres espían los movimientos de un prisionero encerrado en una celda.

Es Favraux, a quien el espejo de metal, cual un ojo implacable, persigue en cuanto quiere sustraerse a la mirada de los que le tienen prisionero.

Para comunicarse con Favraux, Judex emplea un medio ingenioso que es invención suya. Es una especie de máquina de escribir que le permite trazar palabras en letras de fuego sobre una de las paredes de la celda y Favraux ve de esta manera imprimirse la sentencia que Judex ha dictado contra él.

Y el banquero, más abatido que nunca, se deja caer en su camastro buscando en vano un sueño que pueda hacerle olvidar durante algunas horas lo triste de su situación.

Juanito, el nieto de Favraux, no duerme tampoco aquella noche, con objeto de ir a ver a su mamá aprovecha las sombras del crepúsculo para esconderse en un carro lleno de coles, y el conductor emprende la marcha sin sospechar ni remotamente la presencia del diminuto viajero.

Después de varias leguas de marcha durante la noche el carro del hortelano llega al rayar el alba a las puertas de París. Allí se para y el conductor entra en una taberna para tomar un bocado y echar un trago.

Aquella es precisamente la hora en que el Sardinilla, uno de esos pilletes parisienses que no saben ni dónde ni de qué viven, tiene por costumbre hacer la compra. Por cierto que para ello emplea un procedimiento de los más simples, si no de los más honrados.

Primero se asegura de la ausencia del hortelano, y luego, acercán dose delicadamente por detrás del carro, se apodera de una col; pero de repente, al descubrir a Juanito su estupor es extraordinario.

— ¡Canastos! me habían dicho que los chiquillos venían en las coles, pero, palabra, no creía...

Juanito no pierde su sangre fría por tan poca cosa, y entrando en via de confidencias con el Sardinilla le cuenta que quisiera ir a juntarse con su mamá, que vive lejos, en Neuilly; el Sardinilla, que a buen corazón no hay quien le gane, se ofrece desde luego como guía a su nuevo compañero.

Ambos se instalan en la trasera de un automóvil que se dispone a partir, y muy ufanos ruedan con dirección al Pasaje de San Fernando.

Pero otros visitantes debían precederles Diana Monti y su amante llegan en efecto antes que ellos a casa de Blanca. Al encontrarse con ella, Diana reconoce con estupor a su antigua ama.

Al hallarse frente a frente, ambas experimentan igual sorpresa, pero al fin Diana rompe el silencio:

— Señora, venía a proponerle una plaza excelente a Juana Bertin, cuyo anuncio había leído en un periódico; ignoraba que V. hubiese tomado este nombre.

Blanca, sin sospechar ni por un instante las pérfidas intenciones de ésta, baja con ella a la calle y entra en el automóvil que la está esperando. Diana la presenta a su cómplice Morales, haciéndole pasar por el hijo de la rica americana a cuya casa le conduce.

Apenas ha doblado el carruaje la esquina de la calle, cuando Juanito y su amigo el Sardinilla llegan a la pensión Chapuis. El Sardinilla con su más amable tono, dice:

— ¿Está la señora Bertin? le traigo su hijo.

Y la señora Chapuis, bastante extrañada de la peregrina, indumentaria del Sardinilla, coge a Juanito por la mano

y le conduce a la habitación de su madre, diciéndole:

— Mira monín, estate ahí quietecito; tu mamá vuelve en seguida.

Al quedarse sólo, Juanito ve la jaula que contiene las palomas y cómo ha oído decir tantas veces a su madre que

gar estos sucesos. en el Castillo Rojo, Judex y su hermano están sentados en una elevada terraza, entre las ruinas de la antigua fortaleza. De repente dos blancos pichones vienen a posarse al lado de ellos. Judex, comprendiendo que Blanca le pide socorro e inmediato



las aves no estaban hechas para vivir encerradas, abre la puerta de aquella y las blancas palomas vuelan a través de la abierta ventana y bien pronto desaparecen en el azul del cielo.

Durante el tiempo en que tienen lu-

auxilio, se pone en marcha al momento para protegerla, y montando a caballo, seguido de sus perros, se lanza a través de la campiña que empiezan a oscurecer las sombras de la noche.



TERCER EPISODIO

La jauria fantástica

DESPUES de haber dado libertad a los dos blancos pichones que ha encontrado en el cuarto de su madre, Juanito se ha dormido.

Advertido por las dos aves que han vuelto sin dificultad alguna a su palomar, Judex se ha puesto en busca de Blanca, y al llegar a su casa la portera le cuenta que su inquilina se fué en automóvil con una desconocida antes de la llegada del niño.

Interrogado por Judex Juanito le confiesa ingenuamente: Yo he sido el que ha soltado las palomas — Judex tiene entonces el presentimiento del drama que se ha desarrollado y previene por teléfono a su hermano dándole al mismo tiempo nuevas instrucciones.

Durante este tiempo Diana Monti y Morales han conducido a Blanca, anestesada, a una villa de Seine et Oise donde debe acudir bien pronto el instigador del rapto César de Birargnes pero cuando éste reclama que le entreguen a Blanca, el caballero de industria y su digna consorte pretenden explotarle. — Corre gran peligro — afirma Morales — y necesito otros 10.000 francos si quiere que le entregue la cautiva,

César se indigna y amenaza a los

aventureros con denunciarlos a la policía, pero Morales, sacando del bolsillo la siguiente carta, se la enseña a su interlocutor.

Querido Morales:

Como habíamos quedado, adjunto le envío cinco mil francos para la ejecución de nuestros proyectos, debiendo remitirle otra suma igual, contra entrega

C. de B

Y flemáticamente y en un tono que no admite réplica, añade: — Si no quiere tener un disgusto, le aconsejo que no mezcle al policía en nuestros asuntos.

Anonadado, César Birargnes abandona la partida, refugiándose en casa de sus padres, y una vez allí confiesa a su hermana Gisela, la infamia que ha cometido en un momento de extravío. Esta le aconseja: — Es preciso decirselo todo a nuestro padre, él solo podrá arrancar esa mujer a sus raptos.

Cuando el señor de Birargnes se enterara de lo ocurrido exige de su hijo que éste le indique el lugar en que Blanca está secuestrada. Luego dirigiéndose a César le dice severamente. — Vas a abandonar esta casa y a salir para

nuestras posesiones en donde esperarás mis órdenes

Mientras el joven se prepara para ejecutar la voluntad de su padre, éste acompañado de su hija se dirige inmediatamente en socorro de Blanca.

Durante este tiempo, la villa que sirve de prisión a Blanca recibía una visita inesperada.

que la rodean, y que la llevarán a través del bosque a una casa de guarda en donde estará V. en seguridad.

Judex

Es de comprender la sorpresa de Blanca al despertarse, y docilmente se deja conducir por uno de los fieles perros que cogiendo el bajo de su falda



Precidido de su jauría a la que guían sus más inteligentes sabuesos. Judex no ha tardado en descubrir el albergue de Blanca, y dejando en la celda en que ésta se encuentra dormida sus mejores perros, prende con un alfiler en la manta que la cubre, una carta concebida en estos términos:

Señora:

Está V. libre y nada tiene que temer de sus secuestradores porque velo por V. Déjese conducir por los fieles perros

entre sus colmillos dirige su marcha, mientras el resto de la jauría la acompaña pronta a defenderla en caso de ataque.

Bajo la protección de sus seguros conductores, Blanca se ha internado en la selva.

Sin embargo, a través de un dédalo de subterráneos formados por antiguas canteras, Morales y su cómplice Diana Monti, iban a salir a campo raso; de repente un ruido casi imperceptible revela a los bandidos que alguien les

persigue. Y empuñando su revólver se disponen a hacer frente a cualquier evento, cuando se presenta ante su vista un perrillo de aguas amaestrado, que sentado sobre su cuarto trasero les presenta sobre su hocico una carta dirigida a ellos. Y los aventureros leen:

Si no queréis correr la suerte del banquero Favraux, tratad de no encontraros nunca en el camino de su hijo.

Judex

Furiosos los bandidos, tratan de desahogar su cólera en el extraño mensajero, pero el perrillo huye por el campo como alma que lleva al diablo, sin que las balas de Morales ni de Diana Montí puedan alcanzarle.

Blanca continúa su marcha a través de la selva cuando a la revuelta de un camino, reconoce el automóvil que ocupan el Sr. de Birargues y su hija; puede comprenderse la alegría de éstos al encontrar a la joven sana y salva. Su primer cuidado fué de conducirla a su casa en donde encuentra a Mariana que desde Neuilly se había lanzado en busca del niño.

Al siguiente día, Blanca, más decidida que nunca a continuar su vida de trabajo, conducía a la estación a su hijo y a la nodriza de éste pero al descender del coche, Juanito reconoce en

el que va a abrir la portezuela, a su amigo el Sardinilla y acto seguido lo presenta a su madre después de haberlo cariñosamente abrazado.

— Es el niño que me condujo a Neuilly.

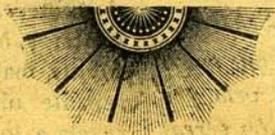
Blanca quiere recompensar con una moneda de plata al amable guía de su hijo, pero el Sardinilla que hace poco ha abrazado la carrera de colillero, la rechaza con un gesto lleno de dignidad.

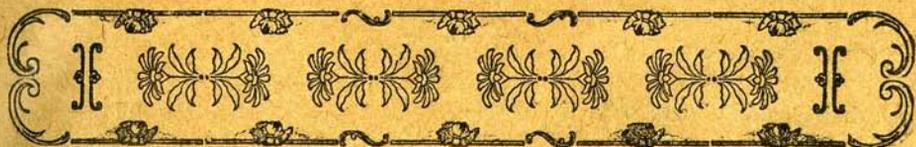
— Señora, no pido limosna, soy un comerciante.

— Y Juanito se apresura a explicar a su mamá: — Mamá, se llama el Sardinilla, y es huérfano, yo no quiero separarme de él.

Eternecida por los sentimientos de su hijo, Blanca consiente fácilmente en concederle el favor que reclama y algunos instantes después el Sardinilla, loco de contento, se pone en marcha para el campo en compañía de Mariana y de su inseparable amigo.

Aquella noche, mientras Blanca tranquila ya sobre su suerte y confiada en el apoyo de su misterioso protector volvía a su domicilio, Judex, sentado en su laboratorio contempla con dulce mirada el retrato de la que acaba de salvar, y lleno de perplejidad se preguntaba si por un extraño capricho del destino iba a amar a la hija del banquero Favraux.





J U D E X

CUARTO EPISODIO

Resumen de los anteriores episodios

El banquero Favraux, a quien se cree muerto, está en poder de un personaje enigmático de Judex.

Blanca, hija del banquero, después de haber cedido a la Asistencia Pública la fortuna mal adquirida por su padre, trabaja como institutriz para educar a su hijo Juanito, y acaba de ser arrancada por Judex de manos de los bandidos Morales y Diana Monti, que habían logrado apoderarse de ella.

El secreto de la tumba

POCOS instantes había permanecido el caminante Pedro Kerjean, tendido, sin dar señales de vida, en el camino en el que el banquero Favraux le había atropellado. Unas manos caritativas le habían levantado y conducido sin que él se diese cuenta, a la clínica del Doctor Saugrain en la que los cuidados más minuciosos le fueron prodigados.

Ya está Pedro Kerjean completamente restablecido de sus heridas y el Director de la clínica le dá de alta después de presentarle la persona que había asumido los gastos de su curación. Este desconocido bienhechor no es otro que Rogelio, el hermano de Judex.

Acompañado de su nuevo amigo, Pedro Kerjean se dirige al Castillo Rojo donde al fin conoce al misterioso Judex, y al extrañarse de los solícitos cuidados de que ha sido objeto, Judex sencillamente le responde:

—Si me he interesado es porque V. es una víctima del banquero Favraux.

—Favraux! pero ha muerto.

Y Judex, más enigmático que nunca, continúa: — No, Favraux no ha muerto; venga V. a verle.

Y lentamente, Judex conduce a Kerjean hacia el aparato que le permite seguir todos los gestos de su prisionero. Rogelio prepara el dispositivo eléctrico, y de repente Pedro Kerjean ve en el espejo móvil la imagen real del

que había sido el causante de todas desgracias.

Lleno de ansiedad y creyendo tener ante sus ojos una visión del más allá, el anciano caminante pregunta a Judex:

—Pero, ¿quién es V?

—¿Quién soy yo? Soy lo que V. va a ser; un justiciero!

Y ya más tranquilo, Kerjean contempla al banquero con ojos llenos de odio, mientras éste parece en aquel momento presa de terrible desesperación. De repente, cogiendo la tulipa de cristal que sirve de pantalla a la lámpara eléctrica que ilumina la celda, la rompe y con uno de sus cascos trata de cortarse el cuello.

Pero sus carceleros velan por él; en un momento Kerjean le impide intentar a sus días y Favraux, reconociendo de repente a su antigua víctima, se tira a sus pies y le suplica.

Kerjean se mantiene inflexible.

—¿Acaso te apiadastes de mi cuando vine a pedirte que me ayudaras a encontrar a mi hijo?

Mientras estos sucesos se desarrollan en el Castillo Rojo, el hijo de Pedro Kerjean, Roberto, llamado Morales, se entrega con su complice Diana Monti a las más extrañas conjeturas.

La carta misteriosa que recibieron de Judex indica claramente que Favraux ha sido esesinado, y sin embargo, una duda se cierne sobre el espírita de los dos aventureros.

¡Asesinado!

¿Por qué?

¿Por quién?

¿Cómo?

Para resolver este enigma, Diana Monti está pronta a todo y encarga a dos de sus satélites que descubran el secreto de la muerte del banquero registrando su tumba del cementerio de Sablons.

La macabra expedición tiene lugar durante la noche y por ella, Diana viene en conocimiento de que el féretro que debía contener los restos de Favraux está completamente vacío.

Al día siguiente, Morales y su amiga se dirigen a casa de D. Casto, el nuevo director de la Agencia Celeritas.

D. Casto reconoce, pero con camuflada, a la ex-institutriz del Castillo de Sablons. Y un diálogo rápido se entabla.

—¿Donde está Favraux?

—¿Pues no ha muerto?

—¿Cómo está entonces su féretro vacío?

D. Casto pierde la serenidad; es demasiado novato en el oficio para poder comprender un horror semejante!

Morales, cada vez más insinuante.

—Quien ha hecho desaparecer a Favraux, es Judex, y Judex es V.

A Don Casto se le va la cabeza.

Diana Monti, aprovechando su turbación le dirige una mirada penetrante y fría.

—Casto, ¿qué has hecho de Favraux?

Entonces el incauto policía confiesa:

—Yo sé que Favraux recibió algunos billetes misteriosos firmados por Judex, la víspera y el día de su muerte

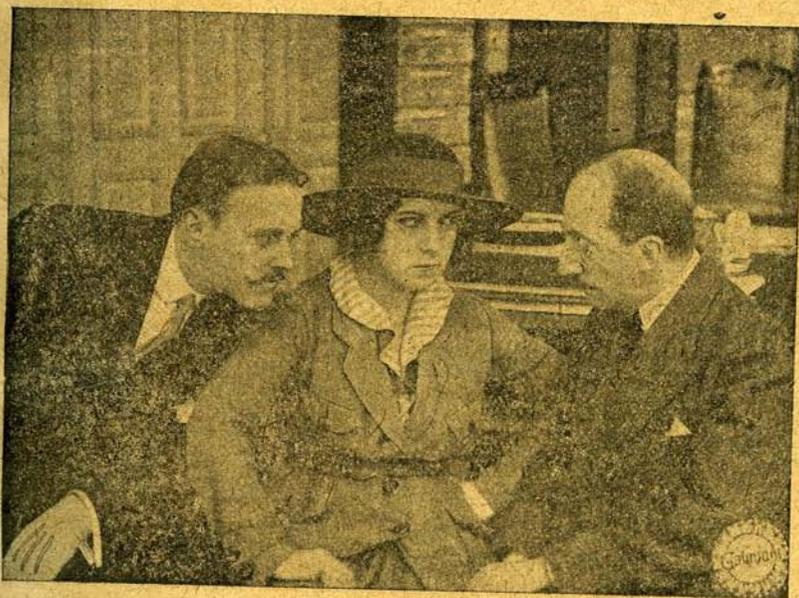
La tal noticia no es un rayo de luz

que ilumine de un modo singular la situación; de amenazadores, Diana Monti y su cómplice se vuelven conciliadores y amabilísimos, y tanto dicen y también saben convencerle que ante la promesa de una prima de 100.000 francos hecha por Morales, el infeliz don Casto consiente en prestar su

suprimir a un testigo tan molesto. Morales vacila, pero su cómplice le amedrenta.

— Si te niegas a hacerlo, se sabrá que Morales se llama Roberto Kerjean que la policia anda en su busca, que...

Y no tiene necesidad de acabar su frase. Todo antes que el calabozo y las



precioso concurso a los dos aventureros y a ayudarnos a descubrir al banquero tan misteriosamente desaparecido.

*
**

El prisionero del Castillo Rojo continúa sin embargo bajo la guarda de Judex, de Rogelio y de Pedro Kerjean Morales, que de las primeras investigaciones que ha emprendido no ha sacado nada en limpio empieza a desanimarse y teme además que Blanca le reconozca. Diana Monti le aconseja

esposas, quedan de acuerdo: la hija de Favraux desaparecerá.

Poco tiempo después Blanca recibe un telegrama que la llena de zozobra «Venga en seguida. Juanito grave. María: a»

Sin esperar más detalles la pobre madre se pone en camino para reunirse con su hijo. Pero Juanito, ya inseparable del Sardinilla, no se había encontrado nunca en mejor estado, y mientras su madre llena de ansiedad iba a cuidarle, éste se entretenía en

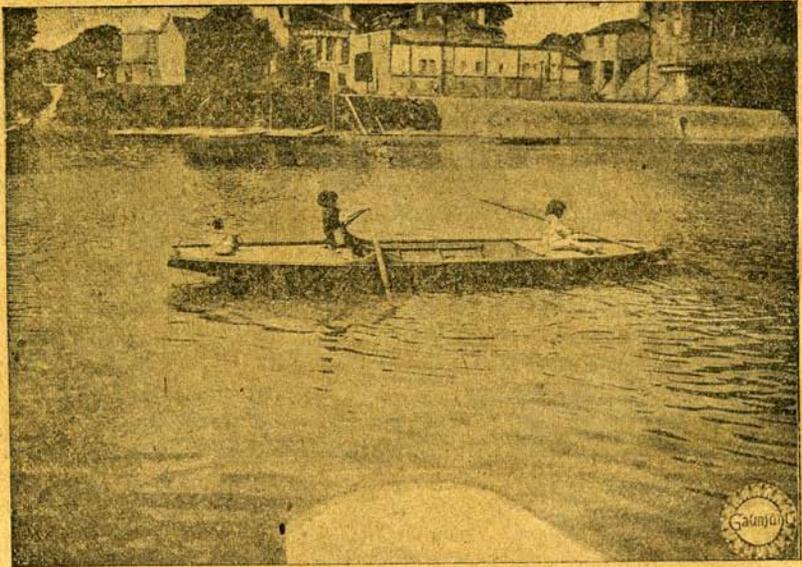
pescar con caña no lejos de la casa de su nodriza.

Blanca, al descender el tren, atraviesa con paso rápido el puente tendido sobre el río sin fijarse en dos individuos de aspecto patibulario que parecen absortos en contemplar correr el agua, con la más perfecta indiferencia.

De repente la desgraciada es cogida, amordazada y arrojada al río.

busca de Mariana, sin revelarle la identidad de la víctima, se apresura a practicar las tracciones y movimientos rítmicos propios a restablecer la respiración de la ahogada.

Mariana acude acompañada de dos hombres provistos de unas parihuelas y hace conducir a su casa el cuerpo de la desdichada joven mientras que el Sardinilla lleno de conmiseración por su amiguito se decide a ocultarle el



Pero Juanito y el Sardinilla han sido testigos del drama; saltar a una barca y correr en auxilio de la infeliz víctima es para ellos asunto de un instante y hélos aquí trayendo la ahogada hacia la orilla por medio de un bichero. El Sardinilla se da cuenta entonces con estupor que la persona que tiene delante es la madre de su amigo y enviando a su amiguito en

horror de su situación.

Gracias a los solícitos cuidados del médico, Blanca vuelve a la vida y lo primero que sus ojos ven al abrirse es la linda cabecita rubia de su hijo que le colma de caricias.

Ya está fuera de peligro y el Sardinilla se encarga de velar su sueño, dispuesto a prodigarle sus cuidados tan pronto como la ocasión se presente.

QUINTO EPISODIO

El molino trágico

PEDRO Kerjean que no se separa de sus bienhechores Judex y Rogelio, y habita con ellos en los subterráneos del Castillo Rojo, se ha convertido en criado de aquellos y ha asumido el cargo particularmente espinoso de vigilar al prisionero, al banquero Favraux, con el cual, como es sabido, tiene que arreglar una cuenta terrible.

Aquella mañana ha ido como de costumbre a echar una ojeada sobre el prisionero del calabozo y luego curiosamente contempla el retrato de Blanca, colocado sobre el escritorio de Judex y se pregunta quien podrá ser aquella muchacha cuya imagen tanto gusta a su amo. Judex y Rogelio han establecido con su nuevo colaborador las más cordiales relaciones y en aquel momento Judex bondadosamente le pregunta:

— Vamos a ver, Pedro Kerjean, ¿es usted ahora completamente dichoso?

El anciano inclina la cabeza en señal de asentimiento, pero su mutismo da a entender que desea pedir alguna cosa, y como los dos hermanos le interrogan con la mirada, añade:

— Me gustaría mucho volver a ver, no lejos de aquí, el viejo molino en el que fui molinero, el molino Kerjean, donde nació mi hijo, donde murió mi mujer.

Y Judex concede gustoso a su criado el permiso que éste desea, Kerjean parte lleno de alegría, apoyado en su nudoso bastón, mientras sus ojos se recrean en la vista de aquella verde campiña en la que un día fué dichoso.

Algunos instantes después de su partida, Rogelio, que está ocupado en la lectura de un periódico, se pára bruscamente, como fascinado por la siguiente noticia que aparece en la sección de sucesos.

¿SE TRATA DE UN CRIMEN?

«En Loisy sur Seine, dos muchachos extrajeron del río una mujer enlutada, la señora Juana Bertin, institutriz con residencia en París; la desgraciada, que aun ha recobrado el conocimiento, no ha podido ser interrogada».

Con gesto rápido Rogelio tiende el artículo a Judex en quien produce gran impresión, pues sabe en efecto que tras el nombre de Juana Bertin se encubre Blanca Aubry, la hija del banquero, y como está animado hacia ella por muy afectuosos sentimientos, se pone inmediatamente en campaña para tratar de salvarla si todavía es tiempo.

*
*
*

El periódico no había mentido, y Blanca, que en los primeros momentos que habían seguido a su salvamento

había vuelto en sí, se había desmayado y el Doctor, llamado por Mariana, desde su segunda visita había juzgado urgente su traslado a una clínica parisiense con la ayuda de un coche ambulancia que había pedido por teléfono.

Pero un hombre de aspecto sospechoso estaba de guardia cerca de la casa de Mariana, y al ver salir a ésta con Juanito pocos momentos después de la visita del médico, le pide noticias de Blanca.

Confiadamente, Mariana responde a sus preguntas y con voz acojonada le da cuenta de la decisión tomada por el Doctor.

He aquí lo que por algunos instantes después Morales y Diana Monti son avisados telefónicamente por su cómplice (pues por desgacia lo era) de las medidas urgentes tomadas para intentar salvar la vida de la hija de Favraux.

Los dos aventureros no pierden un instante y han transcurrido apenas algunas horas cuando los vemos aparecer en casa de Mariana con un lujoso automóvil de ambulancia, cuidadosamente disfrazados bajo los trajes de enfermero y enfermera respectivamente.

En pocos momentos y ante la vista de Mariana que no les reconoce terminan su tarea y se dirigen a toda velocidad a un punto desconocido llevándose a la pobre Blanca que aun no ha salido de esa especie de sopor que precede a la muerte.

Durante este tiempo el viejo Pedro Kerjean había llegado a su molino. Lentamente pasea sus ojos arrasados en lágrimas por la pobre vivienda medio en ruínas que un día había albergado sus amores y siguiendo melancólico por la florida orilla avanzando su cabeza hacia el agua para distinguir entre las flexibles ramas de los sauces las paletas de la gran rueda que un tiempo fué incansable trabajadora y que en aquel momento estaba muerta, muerta bajo la capa de musgo y de algas que parecían aprisionarla para siempre.

Y visitan el interior de su molino en donde cada habitación le ofrece un recuerdo, abre la ventana; sus miradas van a posarse en los bosques que cierran el horizonte mientras piensa en los seres que ha perdido, en su mujer muerta, en su hijo que nunca más verá sin duda.

En el mismo instante el bondadoso Vallieres, el ex-secretario del banquero Favraux acudía presuroso en busca de noticias y helo aquí en casa de Mariana la que le cuenta todos los sucesos y el precipitado transporte de Blanca en automóvil. Vallieres se ha cruzado en el camino con un gran automóvil con la bandera de la cruz roja, y solo por algunos minutos de retraso no puede ver a la desgraciada víctima.

Mientras cuenta todo esto a Mariana, un segundo automóvil de ambulancia entra en el patio de la casa y los ocupantes quedan altamente sorprendidos cuando se les dice que el

encargo que debía cumplir está ya hecho.

Márchanse, pero en la mente de Vallieres las dudas que se iban levantando se precisan y afirma. Y para él es ya cosa cierta que los bandidos que ya habían perseguido a Blanca acaban una vez más de apoderarse de ella.

de Pedro Kerjean en el cual Diana había reparado varias veces como lugar propicio a sus sombríos propósitos y piensa con razón que a nadie se le ocurrirá nunca ir a descubrir en él a la hija del banquero Favraux.

Los cómplices penetran en el antiguo edificio y Morales deposita su carga



*
**

Por el camino el coche de Morales y de Diana Monti rueda a toda velocidad y viene al fin después de no pocas vueltas a pararse en pleno campo. Descienden los pasajeros y Diana sirve de guía a Morales el cual conduce entre sus brazos el aun el inerte cuerpo de Blanca.

Y marchan prestando atención a los menores ruidos; de repente desde un recodo del sendero descubren un viejo molino abandonado: Es el molino

sobre un jergón descosido y roto. Blanca continua en el mismo estado de sopor más su razón late todavía, pero sus verdugos se han dado ya cuenta y piensan acabar con ella. Y Diana saca de su bolsillo un cuchillo que presenta a su cómplice.

— ¡Vamos, acaba, eso es cosa tuya !

— Luego echaremos el cuerpo por la trampa que está en la habitación de al lado, que comunica directamente con el río.

Pero el bandido vacila.

— Morales, si no lo haces, cuida.

La aventurera aprieta el cuchillo entre sus crispados dedos, y se adivina que está pronta a saltar sobre su cómplice, para consumir luego el más cobarde de los crímenes. Pero de repente Morales la sujeta y la desarma. En el mismo instante se abre la puerta y Pedro Kerjean aparece; con gesto brusco separa a los combatientes que le dirijen una mirada de interrogación.

— He sido propietario de esta casa y no os dejaré mancharla con un crimen, me llamo Pedro Kerjean.

— ¿Es V. verdaderamente Pedro Kerjean? — pregunta Morales con voz emocionada.

— Sí, Pedro Kerjean.

— Pues entonces, yo soy su hijo.

Y el viejo exige más explicaciones.

— Mi hijo! eibas a cometer un crimen

— Perdóneme; es esta mujer la que me ha perdido.

Pedro Kerjean accede, pero le ordena con voz grave:

— No verás más a esa mujer y volverás a ser un hombre honrado.

El aventurero responde afirmativamente con un moviminto de cabeza y su padre, loco de alegría por haberlo encontrado le oprime fuertemente contra su corazón. Pero Diana Monti, que lo ha oído todo, incluso las promesas de su cómplice, juzga que lo más prudente es la huida, y quitándose el vestido, cubierta con un sencillo traje de malla que llevaba debajo, pasa a través de la trampa y consigue subir sobre una de las palas de la rueda y desde ella se arroja al río de cabeza y

poco a poco desaparece a nado.

Mientras tanto, Pedro Kerjean se preocupa de la identidad de la víctima cuyos rasgos le parecen tener un extrañío parecido con los de la desconocida cuyo retrato ha visto sobre la mesa de Judex, y pregunta:

— ¿Quién es esta mujer?

— La hija del banquero Favraux!

Pedro Kerjean cree haber oído mal: para atender a lo más urgente deja a Blanca bajo la guarda de su hijo y a toda prisa se dirige al pueblo cercano desde donde podrá telefonar a Judex.

— Oiga! Oiga, venga V. en seguida al molino Kerjean; en él encontrará V. a la hija de Favraux.

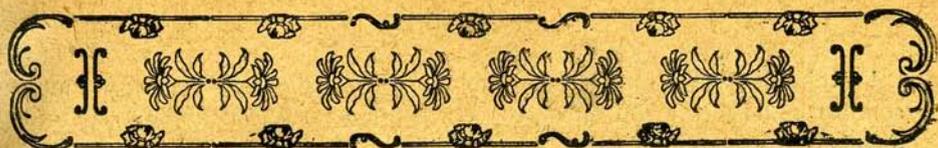
Al recibir esta noticia Judex salta inmediatamente a una canoa automática y momentos después atraca en las cercanías del molino.

Y precipitándose cerca de Blanca consigue reanimarla con un remedio energético que lleva consigo y de repente dándose cuenta de la presencia de Morales, pregunta a su criado:

— ¿Quién es ese hombre?

— Es mi hijo a quien una mala mujer habia arrastrado al borde del abismo. Me ha jurado arrepentirse

Tranquilizado sobre la presencia del desconocido en el que ve ya un útil auxiliar, Judex envuelve a Blanca en capa y la conduce hasta la canoa seguido de Kerjean y de su hijo; han transcurrido pocos minutos cuando ya se vé a lo lejos el frágil esquife que marcha a velocidad vertiginosa conduciendo a la infortunada Blanca que una vez más, está sana y salva.



J U D E X

SEXTO EPISODIO

Los ladrones de niños

DESPUÉS de la desaparición de Diana Monti, que se ha arrojado al río para escapar al castigo, Blanca Aubry, su víctima ha sido conducida por Judex en una rápida canoa automóvil lejos del molino Kerjean.

Ahora se encuentra descansando en una lujosa morada, completamente restablecida gracias a los solfícitos cuidados que le han sido prodigados.

Esta mañana, al despertarse, Blanca pasea con admiración su mirada por los objetos que le rodean y que le son completamente desconocidos. Creyendo salir de un sueño pregunta a una doncella.

—Dígame, ¿dónde estoy?

Pero la muchacha sin responder a la pregunta que se le dirige, coloca misteriosamente un dedo sobre los labios y desaparece con sonrisa enigmática.

La hija de Favraux se ha levantado y sentada delante de un tocador se entretiene en su tocado mientras en la habitación vecina el bondadoso Vallieres, ex-secretario del padre de Blanca,

termina una carta que cierra y guarda en su bolsillo. Segundos después, Vallieres penetra en la estancia de la joven, la que tendiéndole las manos se dirige a él y le pregunta:

—¿Dónde estoy amigo mío?

—Señora, está V. en mi casa.

—¿En casa de V.?, pero cómo...

Vallieres ha sacado del bolsillo la carta que acaba de escribir presentándola a Blanca.

—Esto se lo explicará a V. todo.

Con mano frebil la joven abre la carta y lee estas palabras:

Señora:

Tantas asechanzas la rodean, que he creído deber mío confiarla a su más seguro amigo, a Vallieres quien le entregará a V. esta carta, y que ejecutará todas mis órdenes. No me atrevo a presentarme delante de V., y sin embargo nadie en el mundo se interesa por V. tanto como yo.

Judex

Los ojos de Blanca se velan con una sombra de tristeza y con impaciencia, añade:

—Pero en fin, ¿quién es ese Judex? y Vallieres haciendo un gesto evasivo:

—No sé...; lo único que de él puedo decirle es que le ama a usted.

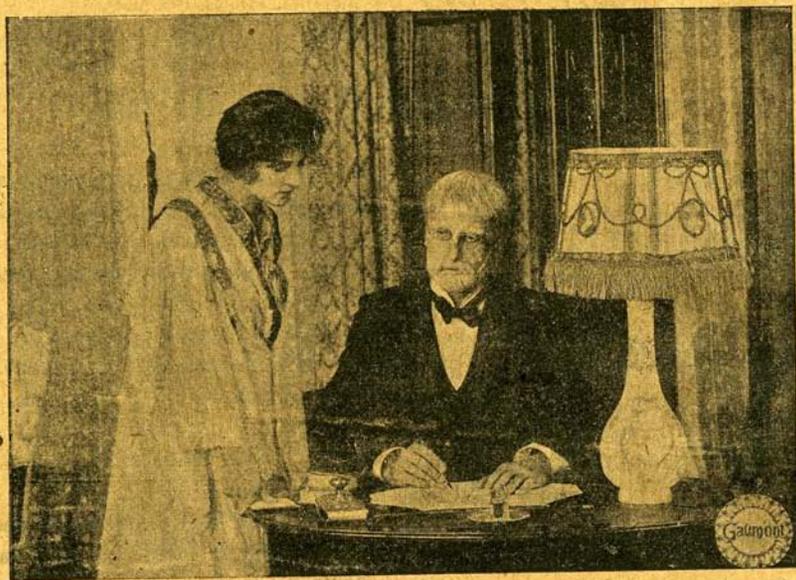
Vallieres se ha separado de su linda protegida y entra en su habitación con aspecto sombrío y la mirada vaga. De repente, al arrancarse la peluca y el

D. Casto se impacienta; ya empiezan a importunarle al fin con este misterio y con tono arisco y altanero contesta:

—Ante todo soy un hombre honrado y todas estas historias empiezan a cansarme.

Pero la bella Diana no se da por vencida e insiste con voz cariñosa y llena de promesas

—Ya sabe que hay 100 000 francos para V. si descubrimos a Judex, y si



bigote postizo, reconocemos en él, al misterioso Judex. Y Judex, el enigmático Judex, se halla desolado porque acaba de escuchar de boca misma de la que ama que su cariño no es compartido.

* *

Mientras tanto, Diana ha venido a visitar a D. Casto y le pregunta:

—¿Ha descubierto V. algo que pueda ponernos sobre la pista de Judex?

por él encontramos a Favraux.

Esta promesa produce el efecto deseado y D. Casto amansado por ella se prepara a responder, cuando vienen a anunciarle la visita del Vizconde Amaury de la Rochefontaine.

La aventurera se extraña.

—¿Qué puede venir a hacer aquí el novio de Blanca?

En efecto, Diana ignora todavía que el brillante aristócrata ha encargado a D. Casto que le encuentre un presta-

mista con objeto de saldar sus deudas. La aventurera reflexiona un instante y volviéndose hacia el Director de la Agencia, le dice con voz misteriosa:

—D. Casto tengo un proyecto; déjeme recibir al Vizconde.

D. Casto, naturalmente, trata de resistir, pero Diana, no le hace caso y lentamente, con una gracia felina que parece producir gran impresión en nuestro galante amigo, le empuja hacia una puerta que da a una habitación contigua en la que le encierra bajo llave.

Cuando cansado de su reclusión don Casto obtiene que le abra la puerta, llega justo a tiempo para ver marcharse a los dos compadres que parecen estar completamente de acuerdo sobre los medios que van a emplear para emprender su campaña.

Mientras tanto, el desgraciado Judex está desolado; por un instante esperó que Blanca, le amase, pero la joven acababa de desengañarle y de torturarlo inconscientemente el corazón. Dirigiéndose en tono melancólico a su hermano Rogelio, le dice:

—Hay momentos en los que me pregunto si no voy a devolverle su padre.

Pero Rogelio le interrumpe:

—Judex, hermano mío, acuédate que estamos ligados por un terrible juramento.

Y Judex inclina la cabeza, abrumado por el peso de la fatalidad que ha hecho de él un justiciero, obligado a cumplir hasta el fin su obra,

Aquella tarde en Loisy, Juanito y el Sardinilla se dirigen a la escuela como todos los días. Al borde del camino por el que marchaban los dos niños un potente automóvil estaba parado y

Diana Monti y el Vizconde esperaban su presa.

El encuentro tuvo lugar como los bandidos lo habían previsto y Juanito reconociendo a su antigua institutriz y al Vizconde no opuso ninguna dificultad para subir en compañía del Sardinilla al coche que, según le dijeron, debía dejarles a la puerta de la escuela.

Pero por una casualidad habilmente secundada por el Vizconde, el viento se llevó el sombrero de paja del Sardinilla y mientras éste se apeaba prontamente para recoger aquella prenda, el auto arrancó a toda velocidad llevándose a Juanito con dirección desconocida.

Luego de entrar en gran cólera contra aquel endiablado vehículo que le privaba de su inseparable amigo, el Sardinilla juzgó prudente volver en seguida a casa de Mariana para ponerla al corriente de los sucesos. Pero Rogelio le había precedido y su auto le esperaba en el patio dispuesto a conducir a Juanito cerca de su madre.

La narración del Sardinilla provoca un gesto de estupor en Mariana y en su visitante. ¿Qué hacer? El Sardinilla resuelve el problema.

—Señorito, lléveme con V. para encontrar a Juanito.

Y algunos segundos después el automóvil de Rogelio rueda a toda velocidad hacia París entre una nube de polvo, con gran satisfacción del Sardinilla que va revolviendo en su cerebro los más terribles proyectos de venganza contra los que le han robado su amigo. Sin embargo, el vehículo de los secuestradores no tarda en llegar a la Agencia Celeritas. Diana y Amaury conducen a Juanito a presencia de D. Casto, y ante la extrañeza de éste le explican:

—He aquí el hijo de Blanca Aubry, la hija del banquero Favraux el cual está en manos de Judex. V. va a guardar aquí este niño durante cuarenta y ocho horas; es seguro que Judex vendrá a reclamarlo.

Y observando que D. Casto escucha sin entusiasmo estas explicaciones Diana le insinúa al oído:

—No olvide que hay cien mil francos para V. si llegamos a saber quien es Judex.

to se esfuerza en ponerse serio y anuncia a sus visitantes:

—Judex me ha telefoneado, y estará aquí a las cuatro.

Los dos cómplices no pueden disimular su alegría. Amaury consulta su reloj y se da cuenta que no hay que perder un minuto y envía al groom de don Casto, con pretexto de un recado, al otro extremo de París.

De repente llaman a la puerta: son las cuatro: no hay duda posible, es



Juanito pasa aquella noche en la cama de D. Casto mientras que su amigo cubierto con una bata se acostaba cerca de él, sobre dos sillas, velando su sueño inocente.

Aquella tarde, Diana y el Vizconde se dirigen a casa de D. Casto al que sorprenden jugando con su pequeño huésped. Algo avergonzado de haber sido sorprendido en semejante postura, Cas-

Judex.

Diana y Amaury sacan un revólver cada uno y a pesar de las protestas de don Casto que no quiere emboscadas en su casa ambos cómplices se disimulan a cada lado de la puerta. Esta se abre lentamente y el Sardinilla aparece sonriente.

Su decepción es grande. ¿Quién es ese endiablado chicuelo? Y empiezan

a importunarle grandemente a pesar de las reclamaciones de D. Casto a quien tales procedimientos repugnan.

Gravé como un augur, el Sardinilla saca de su bolsillo una carta personalmente dirigida al Director de la Agencia Celeritas. D. Casto la abre y la lee:

Señor D. Casto:

Judex es desconfiado. Nada le prueba que el niño que busca, esté en poder de usted. Que este niño se asome al balcón que yo le vea, y minutos después irá a negociar su rescate.

Judex

Diana y Amaury están furiosos; se están buclando de ellos sin duda y empujando violentamente al Sardinilla a la habitación en la que ya está encerrado Juanito, dilibran sobre la conducta que les conviene observar.

Pero un ruido sospechoso llega a sus oídos, y abriendo bruscamente la puerta, llegan a tiempo para ver a Juanito

cabalgar con la ayuda del Sardinilla, sobre la baranda del balcón y precipitarse resueltamente al vacío.

En la acera, Rogelio y sus acólitos reciben al niño sano y salvo en una manta conduciéndole rápidamente a su automóvil que les espera.

Diana y Amaury montan en cólera y van sin duda a cometer cualquier atrocidad cuando D. Casto ve los dos revólveres que aquellos han dejado sobre la mesa y se apodera de ellos.

—Manos altas!

De repente suena una detonación: es un disparo que con propósito de amedrentarlos ha hecho el Director de la Agencia.

Ante su resuelta actitud los dos aventureros huyen perseguidos por el Sardinilla.

Y mientras que el pilluelo encontraba un protector, el coche de Rogelio conducía su pasajero al domicilio de Blanca.

SÉPTIMO EPISODIO

Resumen de los anteriores episodios

El banquero Favraux, a quien se cree muerto, está en los subterráneos del Castillo Rojo, en el cual Judex le tiene prisionero, una vida de crímenes y de rapiñas.

La hija del banquero, Blanca Aubry viuda, y madre de un niño, ha sido acogida por un bondadoso anciano llamado Vallieres, ex-secretario de Favraux.

Pero este Vallieres, no es otro que Judex y este anigmático personaje, se ha prendado de Blanca.

La mujer enlutada

HEMOS dejado a Judex entregado al dolor más profundo. Ama a Blanca Aubry, y bajo las apariencias de Vallieres le ha dirigido una

declaración en toda regla firmada por el enigmático personaje que él encarna. Sin darse cuenta de la pena que iba a causar a su generoso bienhechor, la

hija de Favraux ha rogado a Vallieres que nunca más le hable del misterioso Judex, cuyo nombre le recuerda el fin trágico de su desdichado padre. Y Vallieres, con el corazón destrozado, ha llegado a pensar en libertar a su prisionero, con tal de conseguir la afeción de la que él ama. Habiendo dado cuenta de sus proyectos a su hermano, éste le ha recordado que un terrible juramento les impide obrar de esta manera, y por último, lleno de desaliento ha salido de viaje con destino a un punto que sólo él conoce.

*
**

En un lujoso Castillo que habita en el fondo de una lejana provincia, la condesa de Tremeuse, de la familia de los Orsini, deja deslizarse monótonamente los días de misterioso dolor

Pasea su melancolía bajo las frondas seculares de su parque, cuando un criado le presenta el siguiente telegrama:

«Llega ésta las once
Jaime»

Una sonrisa de inquietud vaga sobre los labios pálidos de la condesa, y con paso reposado se dirige a su morada para esperar a su visitante, y en una evocación melancólica del pasado, trae a su memoria viejos recuerdos de más de veinte años.

Un día el conde de Tremeuse su esposo, había invitado al castillo a un financiero llamado Favraux, y desde entonces una mala suerte obstinada se había cebado en él.

Sucesivamente las desdichas más inexplicables e inesperadas habían caído sobre aquella venturosa familia.

El señor Tremeuse había confiado

sus temores a su esposa y había terminado con estas palabras:

—Sólo un hombre, si él quisiera, podría todavía salvarnos, Favraux. Yo le pedí su concurso cuando vino a visitarnos, pero luego de reflexionar me respondió que no le era posible hacerlo. ¡Estamos irremisiblemente perdidos!

Al día siguiente, la condesa de Tremeuse se dirigía a visitar al banquero, el cual le recibía inmediatamente.

Aunque le repugnaba el paso que se veía obligada a dar y dominando su orgullo empezó a hablar la condesa sin notar las extrañas miradas que le dirigía el banquero.

De repente y como impulsado por un resorte, Favraux se había levantado y con voz que disimulaba apenas la violencia de sus sentimientos, respondió:

— Pues bien, si... su marido está perdido... ¡y yo soy el causante de todo porque he querido tenerla a V a merced mía!

La condesa, indignada, retrocedió un paso y con rápido movimiento abofeteó a su infame interlocutor

Ante aquella injuria, todos los deseos de Favraux se habían súbitamente extinguido para dar paso a una rabia y a una cólera indecibles, y con gesto violento había señalado la puerta a la condesa.

Una vez sólo, el banquero había dejado estallar su cólera, y abalanzándose al teléfono dió inmediatamente órdenes a su gerente para que echase al mercado todo el paquete de valores Tremeuse.

El mismo día la catástrofe había tenido lugar en Bolsa. Era la ruina era

el deshonor. El castillo de Tremeuse iba a ser vendido y los numerosos y modestos accionistas de la Sociedad Minera se quedarían convencidos de que su ruina era debida a la falta de honradez de su fundador.

En la biblioteca Jaime y Rogelio recitaban sus lecciones bajo la tierna mirada de su madre, cuando de repente resonaron dos detonaciones que hicieron vibrar los cristales de las ventanas.

Sin embargo, a la misma hora poco más o menos, un hombre se introducía en el castillo y cuando postrada por el dolor la señora de Tremeuse bajaba apovada en sus hijos, se encontró frente a frente con él.

Era un joven ingeniero que el señor de Tremeuse había tomado a su servicio y que alegre e ignorante del drama que acaba de desarrollarse traía a su jefe las mejores noticias.

El espectro del deshonor, se había desvanecido, ya que la nueva fortuna llegaba a punto para reembolsar a los accionistas de la Sociedad Minera. Sólo el desgraciado conde era víctima de los celos y del odio de Favraux.

Y enseñando a sus hijos el que había sido para ellos el más amante de los padres, les dijo con voz que la emoción hacía temblar:

—Vuestro padre ha sido asesinado por un bandido que se llama Favraux ¡Hijos míos, jurad a vuestro padre que le vengaréis!

Y con gesto enérgico, Jaime y Rogelio habían hecho el juramento que deseaba su madre.

* * *

Han pasado veinte años y la señora

Tremeuse recuerda ahora las etapas de su venganza. Vuelve a leer las cartas de Jaime en las cuales le anuncia ha tomado el nombre de Vallieres, y que transformado en anciano ha conseguido entrar en la casa de Favraux.

Por fin su mirada se detiene en el telegrama que su hijo le ha enviado. A pesar de su brutal laconismo, le llena de alegría, pues estas dos palabras «Está hecho» significan para ella que la venganza tan esperada ha caído al fin sobre el miserable, causa de todas sus desgracias.

En esto, Judex llega a su lado; con grave y pensativo continente y con voz entrecortada por la emoción, le dice estas palabras:

—Madre mía vengo a pedirle que me desluge V. de mi juramento.

La señora de Tremeuse hace un movimiento de sorpresa.

—¿Tu juramento...? ¿Pero no lo has cumplido, acaso...? Sin embargo, tú me has escrito.

—¡No madre mía, Favraux no ha muerto!; está en mi poder en un calabozo misterioso... pero sin embargo... ¡vive!

—¡Vive!... ¿Por qué has tenido piedad de él? ¡El no la tuvo de tu padre!

—¿Por qué? ¡Porque he querido ser un justiciero, pero no tengo el alma de un verdugo! Hoy, madre mía, amo a la hija de este hombre y quisiera devolver su padre a esa inocente.

La señora de Tremeuse no responde; su rostro se ha contraído y con ademán colérico despide a su hijo, y exclama:

—¡Ya que tus hijos han hecho traición a sus juramentos, soy yo quien te vengará!

Judex está de vuelta en París y para Blanca, que ocupa una habitación contigua a la suya en su misma casa, ha vuelto a ser Vallieres. Juanito siente por él una afección profunda y luego de manifestar su contento, por volverle a ver tras varios días de ausencia, le dice alegremente:

—Dí Sr. Vallieres, ¿cuando me volverás a traer el Sardinilla?

Y Vallieres promete a Juanito que pronto volverá su fil camarada.

Pero desde el día de la evasión del hijo de Blanca, por el balcón de la Agencia Celeritas, el Sardinilla se había quedado por prudencia en casa de D. Casto, quien le había tomado bajo su paternal protección.

D. Casto debía conducir al Sardinilla el mismo día a las cinco.

Y a la hora convenida hubiera podido verse al excelente D. Casto descender con su criada un voluminoso cesto y depositarlo con infinitas precauciones sobre el asiento del chauffeur de un taxi.

Y mientras Diana Monti y su cómplice se dan cuenta con furor de que han sido víctima de una burla, y de que el misterioso paquete no contiene otra cosa que un adoquín envuelto en trapos viejos, el Sardinilla y su amigo D. Casto salen tranquilamente de la Agencia Celeritas y sin ningún tropiezo se dirigen al punto en que Rogelio les espera.

Aquella noche Rogelio recibió una

visita inesperada. Estaba en el despacho de Judex cuando de repente entró la Sra. de Tremeuse.

Sin hacer caso de la respetuosidad de sus hijos, la Sra. de Tremeuse les interpela con acritud:

—He venido a vengar yo misma a vuestro padre.

—Quién hay en esa habitación?

—¡¡La hija de Favraux!!

—Con voz colérica la condesa exige:

—¡Quiero verla!...

Y entra seguida de sus hijos. Arrostrados al borde de la cama los dos niños en camisa de dormir, con las manos juntas, repiten con sus claras vocecitas.

«Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.»

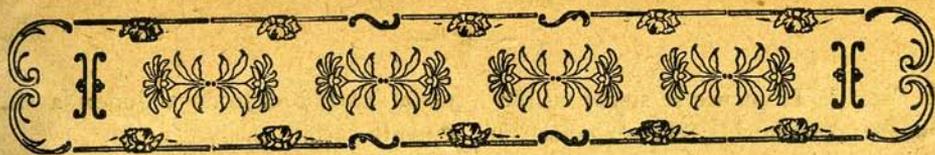
A la vista de este espectáculo conmovedor, la cólera de la señora Tremeuse ha desaparecido de repente; aquellas palabras de misericordia le recuerdan su deber, y cuando luego de terminar su oración se dan cuenta de su presencia, les dice con voz dulce:

—Soy... la hermana de Vallieres... de paso en París por algunos días... Dispenseme V. por haber entrado en esta habitación.

La condesa se retira y a los pocos momentos se ve sorprendida por la entrada en su cuarto de los dos niños, que van a darle las buenas noches. Entonces, dando al olvido sus proyectos de venganza, tiende sus brazos a Juanito que se precipita en ellos, diciéndole con voz cariñosa:

—Señora, deme V. un besito.





J U D E X

OCTAVO EPISODIO

Los Subterráneos del Castillo Rojo

MIENTRAS que el viejo Kerjean vigila a su prisionero, en el Castillo Rojo, la Sra. de Tremeuse se hace conducir por sus hijos a la prisión de Favraux. Tras largo viaje en automóvil, llegan y ante los ojos de la condesa se alza de repente la silueta magestuosa del viejo castillo que desde hace siglos domina el valle del Sena. Los tres viajeros penetran en los subterráneos, el viejo Kerjean se adelanta a su encuentro y Judex le presenta.

—Este hombre, madre mía, que también fué una víctima de Favraux, se ha convertido en su carcelero.

Tras no pocas vueltas y revueltas, la Sra. de Tremeuse entra seguida de sus hijos en el laboratorio de Judex y llena de impaciencia pregunta:—Pero en fin. El ¿dónde está él!

Por la mirilla practicada en el tabique, con ayuda de un dispositivo eléctrico que permite seguir por medio de

un espejo todos los gestos del prisionero, la Sra. de Tremeuse se da cuenta de la presencia de su enemigo.

Pero esta visión fugitiva no le basta, quiere verle, hablarle, y a petición suya sus hijos le hacen penetrar en la celda en que el banquero acurrucado en su camastro, parece meditar, con la mirada perdida en el vacío, y con el rostro crispado por una extraña sonrisa. Pasea las manos a lo largo de sus piernas con movimientos inexplicables: colgada a la pared hay un pedazo de cadena que parece atraerle, y a la cual habla, sonrío, acaricia... Favraux se ha vuelto loco!

Y mientras que la Sra. de Tremeuse se da cuenta del estado decrepito del asesino de su marido, y mientras que en vano trata de hacerse reconocer por él, Judex le dice:

—Madre mía, ¿no estamos bastante vengados?

De vuelta al laboratorio de su hijo,

la Sra. de Tremeuse se siente visiblemente emocionada. Su venganza ha sido terrible, e invadida por un sentimiento de piedad, responde:

—No es posible dejar a este miserable en este sepulcro.

Durante este tiempo, en su lujosa casa de París, Diana Montí y el Vizconde Amaury de la Rochefontaine se arrullaban como dos tórtolos esperando el momento propicio de lanzarse de nuevo en persecución de los millones del banquero.

do el castillo dejando a Judex la siguiente carta:

Perdóneme por ausentarme sin haberle prevenido. Mi padre le entregará esta carta. Tengo intención de alistarme en la Legión Extranjera para rehabilitarme.

Roberto Kerjean

A la lectura de estas líneas, una sonrisa de incredulidad vaga durante unos instantes en los labios de Judex. El no es como Kerjean, por su parte no tiene confianza alguna en el arrepentimien-



Habíamos dejado en el Castillo Rojo a Roberto Kerjean, Morales, hijo del viejo servidor de Judex. Recordamos que había contribuido al salvamento de Blanca y que desde entonces se había comprometido a vivir honradamente, pero luego de la marcha de su dueño, él también había abandona-

do del aventurero.

Sus dudas están por otra parte perfectamente justificadas. Morales no ha querido partir para alguna lejana guarnición sin volver a ver a Diana y una vez en casa de ésta, le produce gran disgusto la presencia de reemplazante, el Vizconde Amaury.

Pero Diana que es muy ducha, no ignora de dónde viene su cómplice y poniendo en juego todas sus seducciones, le llama a parte y le pregunta:

—Si sabes donde está Favraux, si le libertamos, es la fortuna para los dos.

Luego añade con tono cada vez más cariñoso:

—Después seremos ricos, partiremos lejos... muy lejos... para llevar una vida tranquila y dichosa.

Y mientras Judex y su madre regresaban prestos a París dejando a Rogelio y a Kenjean al cuidado del castillo Rojo, Morales cuyas buenas resoluciones se habían fundido a los besos de Diana como la nieve bajo la caricia del sol, promete apoderarse del banquero.

En compañía de tres hombres de confianza, se dirige en rápido automóvil al Castillo Rojo, y como conoce perfectamente hasta los mejores recovecos del mismo, penetra sin dificultad alguna seguido de sus cómplices y guiado por los pálidos rayos de la luna. Al llegar a la cripta de la capilla y ante la celda del banquero, examina la cerradura que va a ser necesario forzar y con no poca estupefacción se da cuenta de que el cerrojo no ha sido echado. Pero como esto, en fin de cuentas, más bien facilita su tarea, no pára gran atención en ello, y seguido de sus compinches penetra en la celda.

Sobre su camastro y envuelto en una manta un hombre parece entrega-

do a un sueño profundísimo. En menos tiempo del que se precisa para contarle le aplican una mordaza cloroformizada, le envuelven en una manta lo atan y se lo llevan.

Y mientras los tres aventureros ruedan con su prisionero por la carretera de París, Morales se dirige al otro extremo del castillo con objeto de visitar a su padre y de crearse a los ojos de éste una coartada.

Cuanto penetra en la habitación del anciano guardián se encuentra con una sorpresa, Rogelio está allí sentado cerca del lecho que ocupa un hombre medio oculto entre las ropas de la cama. Morales se inquieta:

—¿Dónde está mi padre?

Y Rogelio explica:—Favraux se ha vuelto loco, y es él quien está acostado en aquella cama.

Morales se da cuenta por sí mismo del hecho, y lleno de inquietud añade:

—Pero ¿dónde está mi padre?

—Pedro Kerjean ha cedido su cama a este desgraciado y ha ido a dormir a su celda.

El más profundo estupor se pinta en el rostro de Morales: el hombre que acaba de expedir a París no es otro que el desgraciado Pedro Kerjean.

Rogelio se ha ausentado breves instantes dejando al aventurero cerca del lecho del demente. De repente Favraux se levanta, y acercándose a Morales, tiende hacia él sus manos crispadas, mientras éste lleno de terror huye a través del dédalo de subterráneos llenos de sombra.

Mientras tanto los tres bandidos han llegado a París con su prisionero y lo han subido por la noche a casa de Diana Monti. Cuando esta se ha apercebido del quid pro quo, ha tomado inmediatamente el partido de desembarazarse de tan molesto paquete arrojándole al Sena. Quitándole las cuerdas el cadáver de aquel hombre podría pasar fácilmente por el de un suicida.

bres se pongan de acuerdo con objeto de vigilar a Diana Monti. Mientras Judex y don Casto acechan desde la esquina de la calle, los tres eventureros atroviesan rápidamente la calle conduciendo el cuerpo del viejo guarda que aun conserva sus sólidas ataduras, y colocándole en un automóvil que les está esperando arrancan a toda velocidad, sin darse cuenta de que el



*
*
*

D. Casto es un trasnochador impenitente. Aquella noche pasa ante la casa de Diana Monti cuando divisa a través de las vidrieras del vestibulo las inquietantes idas y venidas de los tres eventureros. No lejos de él sin que don Casto se aperciba, alguien vela tambien oculto tras un árbol. ¡Es Judex! Algunos momentos de conciliábulo son bastantes para que los dos hom-

auto de Judex le sigue y de que cada vez está más cerca de ellos.

Los dos coches han salido a campo raso y se encuentran muy cerca el uno del otro. El chauffeur de Judex con una habilidad maravillosa ejecuta una atrevida maniobra que su dueño acabo de ordenarle. Adelantándose a los bandidos, con un brusco movimiento les impide el paso poniendose atravesado en el camino. Judex y don

Casto saltan a tierra con el revólver en la mano: los aventureros descienden también armados. Amaury rompe el fuego, pero don Casto le contesta y de un certero disparo le derriba mientras huyen sus cómplices.

A los pocos instantes el anciano Kerjean, a quien sus protectores han desatado, respira con delicia el aire puro de la campiña, y a toda velocidad se dirige al Castillo Rojo en el automóvil de Judex.

NOVENO EPISODIO

Cuando el niño apareció

PROFUNDAMENTE emocionada por la decrepitud mental del prisionero de su hijo, ya hemos visto que la señora de Tremeuse había abandonado toda idea de venganza contra Favraux. Además ha decidido venir en socorro de la desgraciada Blanca, y es por eso que la vemos instalada en compañía de su hijo Rogelio en la hermosa Villa que posee en la Costa de Azur, y dando hospitalidad a la hija del banquero, a Juanito y al inseparable de éste, el Sardinilla.

A la fresca sombra de las palmeras, y en medio de un panorama espléndido el que sirve de fondo el azul intenso del Mediterráneo, Blanca pasa instantes deliciosos entre su bienhechora y Rogelio de Tremeuse. Sin embargo a pesar de su dicha aparente, está pensativa; la imagen lejana del excelente Vallieres, ocupa a menudo su espíritu deplorando la ausencia del hombre que tantas pruebas de bondad le había dado.

Pero mientras ella expone su sentimiento a la señora de Tremeuse la

cual le da sonriente noticias del que ella hace pasar por hermano suyo, Vallieres se encuentra allí al lado, en una quinta vecina. El también ha venido a instalarse en la costa de Provenza con su demente prisionero y con el fiel guarda Kerjean, con la esperanza de que el dulce clima del Mediterráneo devolverá la calma a su espíritu desequilibrado.

Mientras el desgraciado Favraux pasa horas y horas en el jardín frondoso bajo la vigilancia del viejo Kerjean, Judex que ha vuelto a ser de nuevo Jaime de Tremeuse, se dirige a casa de su madre la cual le presenta a Blanca, haciendo creer a ésta que su hijo vuelve tras larga estancia en las colonias.

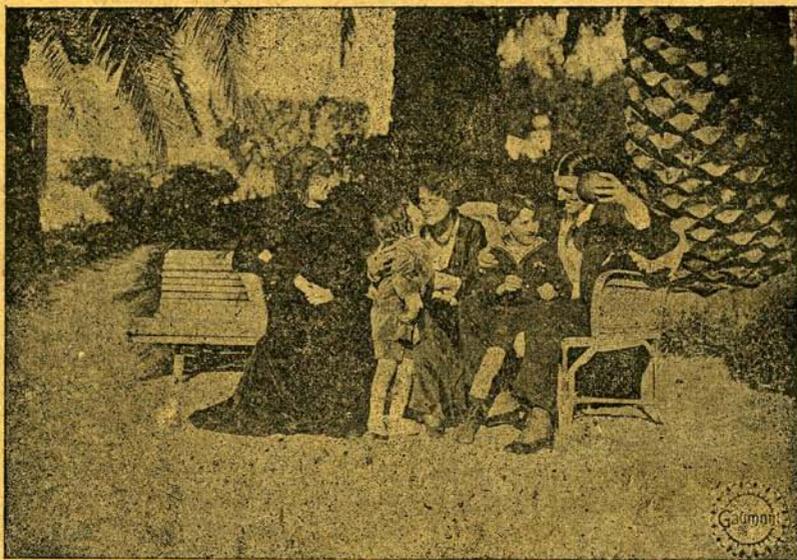
La hija del banquero acoge al recién llegado con gran amabilidad, sin embargo, examinando a hurtadillas el rostro de éste, se da cuenta de que no le es desconocido y llena de inquietud se pregunta de repente:— ¿Dónde he visto yo este hombre?

Juanito y su amigo el Sardinilla han

hecho también amistad con Jaime de Tremeuse al cual parece gustarle mucho los niños, y que colma a estos de caricias; a pesar de ello, Juanito ha quedado un momento sorprendido pues a él también le parece que no le es desconocido, aunque le es imposible precisar sus recuerdos, y su madre, a la cual ha confiado sus inquietudes, se esfuerza en preguntarle en vano con

de alegría por volver a ver a sus amigos, sin apercibirse de que dos extranjeros viajeros que desde París le han seguido constantemente, acaban también de apearse y no le pierden de vista aunque teniendo cuidado de no llamar su atención.

Estos dos misteriosos personajes no son otros que el aventurero Morales y su amiga Diana Monti, la cual va dis-



nsistencia sin conseguir resultado alguno Y la vida se desliza tranquila y reposada en la Villa de Tremeuse, uniendo en una deliciosa intimidad a todos sus habitantes. Juanito y el Sardinilla esperan con impaciencia la llegada de don Casto, que a instancias de los niños, ha sido invitado a venir a pasar unos días de descanso.

Helo aquí que llega a la estación, sonriente como de costumbre y lleno

frazada lo mejor que puede con traje de hombre.

Cordialmente recibido en la Villa de Tremeuse, don Casto deja correr los días empleando su tiempo en largas conversaciones a la sombra de los frondosos árboles del parque, y en solitarias meditaciones sentado entre las rocas a orilla del mar inmenso, filosofando, mientras su mirada se pierde en el horizonte infinito.

Jaime de Tremeuse y Blanca Aubry seducidos también por aquella intimidad encantadora, se pasean juntos frecuentemente, y en aquella dulce soledad de dos, el joven siente crecer su amor por la hija del banquero. Su secreto se le hace cada vez más pesado, y la confusión está pronta a brotar de sus labios cuando mormura dulcemente:

—Yo estaba al corriente de todas sus desgracias por mi tío Vallieres que me las había escrito... y antes de conocerla ya me inspiraba V. un interés vivísimo.— Y Blanca se ruboriza y baja la vista al escuchar aquella voz sincera que le intriga tanto como el rostro del que le habla: ¿Dónde ha podido ver a aquel hombre? . . . ¿Como es posible que sus recuerdos se turben hasta este punto?

Un día en que don Casto se entregaba a sus reflexiones, Diana Monti y su cómplice estaban parados en la carretera que domina las rocas, explorando los alrededores con ayuda de unos potentes gemelos. De repente descubren un espectáculo que les arranca una exclamación: — ¡Favraux! Y así es; en la Villa en que Judex ha conducido a su prisionero, puede verse en una terraza llena de flores, al ex-banquero sentado en un banco contemplando el mar con mirada vaga. Cerca de él se encuentra de centinela el anciano Kerjean, atento a los menores deseos del demente.

En el parque de la Villa de Tremeuse, Juanito y el Sardinilla juegan

con una pelota, y bien pronto arrastrados por el interés de la partida, franquean la reja para ir a jugar más lejos en la cercana carretera en la que las grandes ramas de las palmeras y de los mazizos de rosas no serán un obstáculo a su distracción. Vuelve a empezar la partida con más ardor que antes, pero de repente a causa de un golpe mal dirigido, la pelota desaparece por encima del muro de una propiedad cercana. He aquí los dos niños desolados. ¿Qué hacer? Pero bien pronto encuentran una solución.

El Sardinilla espulsa a un perro que duerme en una carretilla que se encuentra al borde del camino y gracias a este objeto que le sirve de estribo, Juanito que se sirve de los brazos de su amiguito como de escalera se alza sobre el muro y bien pronto sigue el camino de la desertora pelota. Pero esta ha venido rodando hasta los pies del banquero, el cual, solo en aquel momento, se ha apoderado de ella y la mira y la remira sin comprender lo que es, cuando Juanito que ha seguido la huella de su juguete llega por fin ante el banquero y se la pide. Favraux levanta la cabeza y ante los rubios bucles del niño, su mirada pierde su extraña fijeza. Juanito le contempla a la vez extrañado y lleno de alegría y de repente dejando hablar su corazón se precipita entre los brazos del desgraciado lanzando un grito que hace estremecer hasta las más recónditas fibras de aquel pobre espíritu adormecido:

— ¡Abuelito!

Se ha producido un milagro. Ante las inocentes miradas del niño, y bajo las amantes caricias que éste le prodiga, Favraux a sentido de nuevo iluminarse su inteligencia. Coge en sus brazos al niño y escondiéndose entre un espeso macizo, le besa y le despide diciéndole:

— Le dirás a tu madre que me has visto...

Y mientras Juanito va a reunirse con su camarada y con él vuelve corriendo a la Villa de Tremeuse, el anciano Kerjean inquieto por la desaparición de su prisionero se pone en su busca y le encuentra al fin oculto en un macizo y continuando, por lo menos en apariencia, sumergido en su eterno estado de vaguedad.

Momentos después de este encuentro, Juanito hace irrupción en la terraza de la Villa de Tremeuse, e inmediatamente transmite a su madre el mensaje que le habían dado. Es de suponer la estupefacción de Blanca al enterarse de la presencia de su padre y da cuenta de ello a la Condesa y a sus hijos. Judex viendo su secreto descubierto se precipita con ella hasta la Villa en la que Favraux está internado y guiados por Juanito llegan hasta el banco que ocupaba el banquero momentos antes, pero de repente se paran llenos de estupor: el banco está vacío, y cerca de él, Pedro Kerjean está amordazado y sólidamente atado a un árbol.

— He sido amordazado por sorpresa, no se por quién...

*
**

Mientras ocurrían los sucesos que acabamos de referir, el banquero Favraux llegaba a un puerto cercano, conducido por sus libertadores, pues por tales se hacían pasar Diana Monti y Morales; estos que se habían apoderado de su persona, se disponían a embarcarle en su compañía, a bordo de un buque de vela fletado por ellos. Apoyada a la barandilla Diana Monti se presenta al banquero:

Favraux lleno de extrañeza les hace innumerables preguntas.

Diana Monti le da detalles más precisos, y relata al banquero una historia en la cual ella se atribuía heroica.

El nombre de Judex veinte veces repetido en el relato de esta ventura, intriga a Favraux: — ¿Quién es este Judex?

Y Diana le responde:

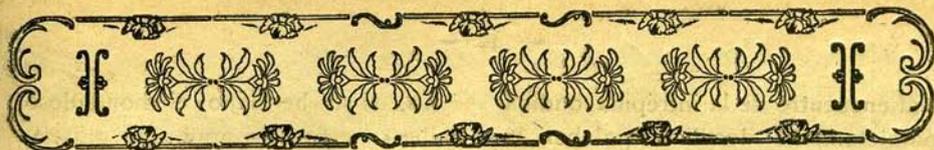
— Judex, es él, quien no lejos de aquí, tiene todavía en su poder a su hija de V. y a su nieto.

Favraux que ha consentido en huir con sus libertadores, piensa en aquel momento en los seres queridos, de los que le han hecho creer que son víctimas de Judex y sintiendo el deseo de arrancarlos de entre las manos de su perseguidor, dice:

— No quisiera alejarme de esta orilla sin mi hija y sin mi nieto.

Y Diana, como respuesta al banquero, le tiende una hoja de papel y una pluma estilográfica, diciéndole:

— Escriba V. a su hija que venga a reunirse con V. Yo haré que la carta llegue a su poder.



J U D E X

DÉCIMO EPISODIO

Resumen de los anteriores episodios

En el momento en que Blanca Auóry hija del Banquero Favraux a quien se cree muerto, se entera de que su padre vive todavía, éste ha desaparecido misteriosamente una vez más.

El corazón de Blanca

DON Casto no puede arrancarse a los encantos de aquel rincón delicioso de la Costa de Azur y dándosele un ardite de la Agencia Celeritas, prolonga su estancia, paseando a la ventura, tan pronto bajo los naranjos, tan pronto por la cercana playa en la que el mar con agitación eterna parece atraerle y producir en su espíritu las más dulces emociones. Como de costumbre puede versele deambulando aquella mañana sobre los guijarros de la orilla y aspirando a plenos pulmones las salinas emanaciones de la brisa.

Cerca de la entrada de una Villa, y sobre una ánfora de forma antigua, D. Casto descubre de repente una salida de baño que parece en espera de

su propietario, y en vista de lo frío que está el tiempo exclama:

— ¿Quién demonios puede atreverse a bañar con un frío semejante?

A lo lejos entre la espuma de las olas, una forma blanca se agita y juguetea. D. Casto la descubre y sacando de su bolsillo unos gemelos, se pone a observarla.

— Calla, calla!... pero si es una mujer... y además guapa... — murmura sonriendo el galante D. Casto.

Y helo aquí que se acerca a la orilla. La bañista sale del agua, graciosa y ligera, haciendo resaltar aun más la suprema belleza de sus líneas, con un traje de baño de seda negra.

D. Casto no puede ya contenerse y cogiendo la salida de baño, se adelan-

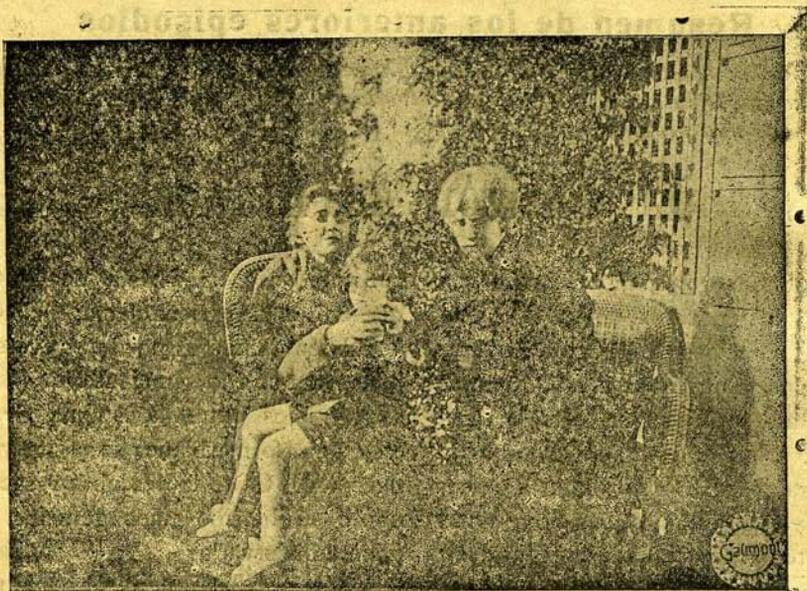
ta al encuentro de la intrépida ondina completamente decidido a alabar la belleza y el encanto de la escultural figura de ésta, cosa por otra parte completamente merecida.

Al acercarse a la bañista, reconoce en ella con sorpresas a Miss Daisy Torp, una nadadora del Nuevo Circo, de la que en otro tiempo estuvo muy enamorado. Muy contentos de volver a encontrarse se abrazan y el amor que solo estaba dormido, se despierta

Ah, si su hermano el bondadoso Vallieres estuviese aquí. me guiaría, me aconsejaría. .

Y mientras la señora de Tremeuse la acaricia y la consuela lo mejor que puede, cerca de allí, medio oculto por las rosas que trepan a lo largo de las paredes de un cenador, Judex la oye y sonríe decidido a realizar lo mas pronto que pueda el deseo de Blanca.

He aquí por lo que el Sardinilla que estaba absorto en la lectura de



mas violento que nunca, y se dan cita para aquella misma noche.

— A las 8 en el muelle.

Mientras tanto en casa de la Sra. de Tremeuse, Blanca estaba inconsolable por la desaparición de su padre y da cuenta de su pena a la Condesa diciéndole con voz entrecortada por los suspiros:

un periódico, percibe de repente en el extremo de un sendero, un visitante inesperado al que acoge con su habitual franqueza:

— Calla! el Sr. Vallieres!

Es de suponer la sorpresa y la alegría de Blanca a la llegada de su bondadoso protector.

Cuando está explicando los motivos

de su pena, un desconocido le entrega una carta. Febrilmente rompe el sobre pues ha reconocido la escritura de su padre, y con voz que la emoción hace temblar lee estas palabras:

Mi querida hija.

Al fin estoy libre y quisiera verte a ver. Ven esta noche a las ocho al muelle con Juanito. Si tal es tu deseo, nada volverá a separarte de tu padre.

Favraux.

llieres convertido de nuevo en Judex, luego de abandonar su levita y su peluca gris, atravesaba el parque guiado por los pálidos rayos de la luna. En su habitación Blanca dejaba vagar su espíritu pensando en su pobre padre y en los terribles sucesos de que éste había sido víctima, cuando de repente su mirada cayó sobre la silueta de Judex que en aquel momento desaparecía detrás de un macizo. De pronto una idea atravesó su mente: ¿Quién era aquel hombre?



Blanca anuncia inmediatamente su intención de ir a la cita que le da su padre, y busca con su mirada la aprobación del buen Vallieres, el cual le responde con frío tono:

—No señora, yo soy quien iré a esa cita y juro que le traeré aquí a su padre.

Aquella noche el bondadoso Va-

Una sospecha se apodera de su ánimo ¿sería juguete de una ilusión?

A toda prisa se dirige a la terraza, y ante las cerradas persianas de su protector, le llama:

—Vallieres! . Vallieres! ..

Nadie le responde. Entonces su inquietud aumenta; con rápido movimiento abre los postigos, y al encon-

trar la habitación vacía y el lecho intacto, entra con paso vacilante. Sobre una silla descubre la levita de su anciano amigo, y sobre el tocador una peluca gris y una barba postiza; su sorpresa y su inquietud aumentan. ¿Que misterio era aquel?

La Sra. de Tremeuse advertida por las voces de la joven, entra en aquel momento en la habitación de su hijo, y con rápida mirada se da cuenta de la situación, Llevándose a Blanca a su gabinete, le hace sentarse y una vez instaladas, abre su corazón a Blanca descubriéndole el misterio de su vida y el secreto de Judex.

Mientras ocurrían estos sucesos, Jaime salía de la Villa en compañía de Rogelio que se había reunido con él, y los dos hermanos se ponían de acuerdo para los últimos detalles; Rogelio no muy seguro del resultado de aquella empresa, ofrece a su hermano un revólver que podría serle de gran utilidad, de presentarse la ocasión, pero Judex rechaza el arma, pues lo que él lleva en el bolsillo le parece más eficaz: se trata de un pacífico carnet de cheques con el cual se propone allanar todas las dificultades. Cometer una muerte le repugna, y por su parte se contentará con pagar el rescate que por la persona de Favraux le pidan los aventureros que se han apoderado de su persona.

Y con paso rápido se dirige al puerto.

Sentado sobre un noray, Judex espera, mientras que un bote se destaca

de un velero cercano y se dirige hacia él.

Diana Monti se ha puesto un traje de marinero llevando en su mano un revólver, se pone detrás de él, y poco a poco se vá acercando, hasta que por fin le interroga.

Sin emocionarse lo más mínimo, Judex le responde:

—Sí, espero a Favraux.

Diana, echa entonces mano de las amenazas, pero Judex continúa impávido. Con gesto rápido descubre a la aventurera, y sus cabellos al escaparse de su gorra, ponen de manifiesto el sexo y la identidad de aquella. Separando el arma que Diana tiende en su dirección con actitud amenazadora, le dice placidamente:

—He venido a tratar el rescate de Favraux.

Ante semejante oferta, Diana se tranquiliza, y luego de haberse convencido de que Judex no lleva consigo arma alguna, le invita a entrar en el bote y dirigirse con ella hacia el navío.

Don Casto por su parte ha ido también a la cita que la linda Daisy le había dado en el puerto, y de lejos la pareja había reconocido a Judex. Presintiendo una aventura y juzgando útil intervenir en caso necesario, el bueno de D. Casto se ha disimulado con su compañera en la oscura esquina de un muro, y desde allí pueden seguir todas las peripecias de la aventura. Judex se embarca; la pequeña embarcación es un momento juguete de las alborotadas olas, pero Jaime

de Tremeuse continúa de pié destacando su alta estatura, sobre los tenebrosos personajes con los que iba a jugar la partida decisiva.

UNDÉCIMO EPISODIO

Ondina... y Sirena

APENAS había puesto Judex el pie en la del «Aiglon», cuando Miss Daisy Torp se desnudaba con gran estupefacción de don Casto y se arrojaba al agua, nadando hacia el buque cuya silueta se destacaba sobre el oscuro fondo del cielo. Miss Daisy quería saber en qué paraba aquella aventura, pues en el fondo temía por la vida de Judex del cual su amigo le había contado en pocas palabras las diferentes aventuras

Mientras ella se iba acercándose al buque, sin cuidarse del bueno de su novio que no sabía qué hacerse con la ropa de la gentil nadadora, y que azotado por un mistral fuertísimo acababa por perder en el mar su gorra arrastrada por el huracán, Judex había sido introducido por la aventurera en la cámara del barco, en donde no tardaba en encontrarse en presencia de Favraux a quien era presentado como el torturador de Blanca y de su hijo.

Judex que ni por un momento ha perdido su serenidad, dice su verdadero nombre al banquero, y éste que recuerda perfectamente su indigno modo de proceder para con la Sra. de Tremeuse, comprende inmediatamente la razón de la conducta del joven

con respecto a él. Sin embargo insiste para que su hija y su nieto Juanito vengan a reunirse con él a bordo del «Aiglon», y Judex después de afirmarle que Bianca y el hijo de ésta no corren ningún peligro en casa de la Sra. de Tremeuse, se ve obligado a responderle señalando con gesto desdenoso a Diana Monti y a su cómplice:

—Puesto que ha recobrado la razón, bien puede V. comprender Favraux, que el sitio de su hija no está entre esta clase de gente.

Ante tal actitud los dos aventureros pierden la paciencia y precipitándose sobre Judex, en un momento le atan y sujetan a uno de los pilares que sostienen el techo de la cámara.

Mientras estos sucesos tenían lugar a bordo, D. Casto, desde el muelle hace grandes gestos y señales en dirección a la linda nadadora, a la que casi pierde de vista; Miss Daisy, aferrada al casco del «Aiglon», se iza ayudado de un cabo que cuelga de la borda y consigue elevarse hasta el nivel del ventanillo del camarote, a través del cual asiste sin ser vista a todas las peripecias del drama.

Instantes después consigue llegar sobre cubierta, y sin que nadie se dé

cuenta de su presencia se desliza hasta el camarote en el que Judex está encerrado. En un instante y desembarazando a éste de sus ligaduras, le dice:

— Soy la novia de D. Casto.

Mientras tanto el «Aiglon» larga sus amarras y zarpa lentamente hacia el Sur. Desde la villa de Tremeuse, Blanca y su bienhechora siguen con ansiedad las evoluciones de aquel extraño buque que abandona el puerto a una

ciones han cambiado. Con ayuda del patrón que fácilmente se deja convencer mediante unos billetes de banco, se deciden a arrojar al agua a Judex, y para preparar tan villana acción, Morales penetra solo en la cámara en que se encuentra el prisionero.

Pero Miss Daisy vigila; ayudaba por Judex, se apodera del miserable, y segundos después éste es atado al poste en que aquél se encontraba poco antes



hora tan avanzada, destacando su silueta en el infinito del cielo, y sobre cuyas velas ponía la luna la plata de sus rayos.

Sobre cubierta, Diana Monti y Morales están en gran conciliábulo; ambos habían afirmado a Favraux que pensaban depositar a Judex en tierra a pocas millas de allí, pero ante la actitud valerosa y flemática del joven sus inten-

luego le envuelven en la amplia capa y por fin le tapan el rostro con un gran pañuelo negro.

Un instante después dos marineros del «Aiglon» penetran en el camarote por orden de Diana y apoderándose del prisionero, le suben a cubierta y desde allí rápidamente le arrojan al agua. Cerca de ellos la aventurera sonríe creyendo cumplida su venganza

mientras Judex que acaba de surgir detrás de ella le pone una mano sobre el hombro. Diana se vuelve y queda helada de espanto al darse cuenta de la presencia de su enemigo.

— ¿A quién acaban pues de arrojar al mar?

Judex responde a su muda interro-

vía vigila la tripulación. Judex se pone al timón y hace rumbo hacia el puerto que había abandonado pocas horas antes; Favraux subyugado por tanta audacia no dice una palabra creyendo en la del justiciero que le ha dicho:

— Ahora vamos a tierra a pedir a su hija que nos juzgue ella misma.



gación, y se dice estas palabras que producen en ella terrible efecto:

— Su víctima no es otra que su cómplice Roberto Kerjean, llamado Morales.

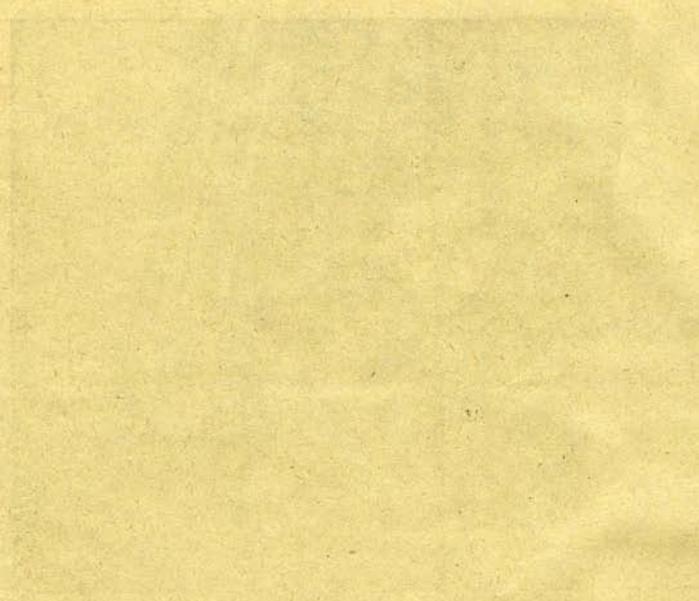
Con increíble maestría, Judex toma el mando del buque mientras que Miss Daisy a quien nadie había visto toda-

Diana Monti se da cuenta de que ha perdido la partida y con esperanza de alcanzar la costa y de escapar al castigo se arroja al mar; pero el oleaje es muy fuerte, las fuerzas le abandonan y desaparece mientras Miss Daisy que se ha lanzado en su socorro trata en vano de encontrarla.



... de la ...
... de la ...

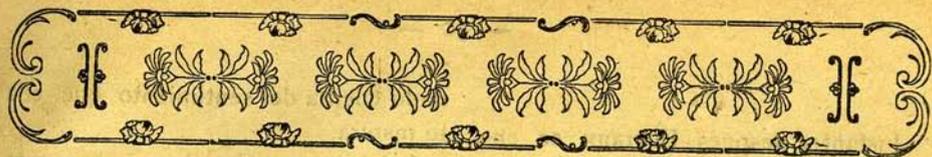
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...



... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...
... de la ...





J U D E X

DUODÉCIMO EPISODIO

Perdón de amor

INQUIETO por la larga ausencia de su hermano, Rogelio se ha dirigido al puerto y allí espera la vuelta de Judex. Don Casto por su parte se pasea a grandes pasos por el muelle, presa de una agitación febril.

Como el frío aprieta, nuestro amigo se ha puesto el abrigo de su dulcinea y como ya sabemos que el viento le había arrebatado su gorra, ha reemplazado ésta por el elegante y coquetón sombrero de Miss Daisy. Pero temiendo que aquéllo se repita, ha anudado su pañuelo a guisa de barbuquejo, sujetando de este modo sobre su cráneo medio calvo la toca de raso blanco que da a su rostro una expresión original y chusca en extremo, que la agitación del personaje hace aumentar todavía. En vano, como un nuevo Orfeo, pide a grandes voces que le devuelvan su novia, su voz desolada

se pierde en el ruido ensordecedor de las olas.

El «Aiglon» ha anclado a poca distancia del muelle; Judex y Favraux se han instalado en un bote y desembarcan cerca del sitio en que Rogelio les espera.

El banquero da muestras de inquietud, y sigue a sus compañeros con inseguro paso, Judex le ha asegurado que le conduce cerca de su hija. ¿Será esto cierto? Sus voces han sido oídas desde la Villa de Tremeuse; el anciano Kerjean viene a abrirlas. Favraux reconoce de repente a su antiguo carcelero, su rostro se contrae e inmediatamente retrocede. ¿Le habrán tendido un lazo?

— No, Favraux; esto no es una trampa, —le dice amablemente Judex. Jaime de Tremeuse le ha perdonado.

* * *

Instantes después Favraux se encuentra en presencia de Blanca y de Juanito, Mientras que la joven de rodillas ante él, es presa de la más viva emoción, y el banquero estrecha entre sus brazos a su nieto, Judex contempla esta escena conmovedora, lleno de alegría por haber perdonado, pero inquieto en el fondo: Cuando Blanca sepa toda la verdad ¿caso le perdona-

dato cuenta del sentimiento que ella te inspira.

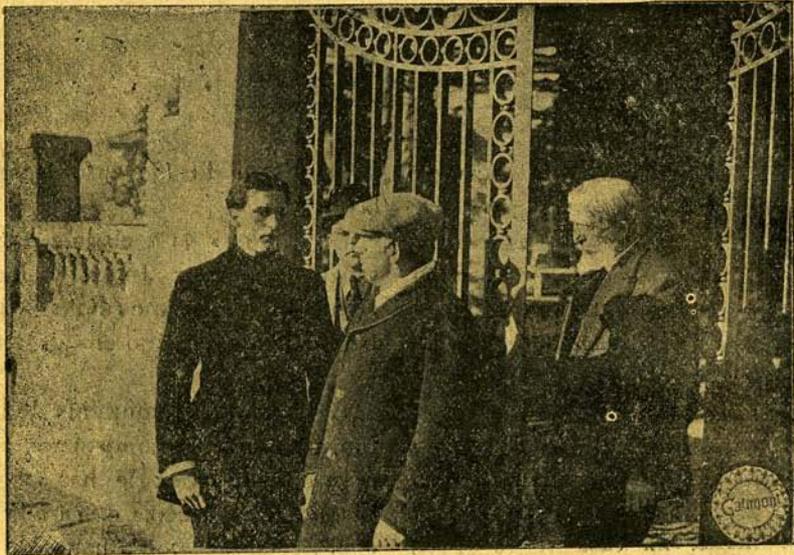
Judex contempla al escuchar esta declaración y añade:

—Que debo pensar, madre mía?

Y la señora de Tremeuse le responde con la más bondadosa de sus sonrisas.

— Hijo mío, Blanca lo sabe todo y te ama.

Una gran alegría invade el ánimo



rá también ella?... y además ¿será amado como él desea serlo?

Dejando aquellos tres seres entregados a su dicha, Judex va a dar parte de sus temores a su madre pero ésta le tranquiliza:

—Blanca se ha enterado de todo y me he visto obligada a descubrirle toda nuestra conducta, además le he

de Judex, y volviendo al lado del banquero, le dice:

— Ahora que está V. libre, Favraux júzgume.

Favraux se ha levantado y le responde:

— Condúzcame ante la señora de Tremeuse.

Comprendiendo entonces toda la

indignidad de su conducta pasada, y presa de los más profundos remordimientos, cae de rodillas delante de aquella que había tan villanamente ofendido.

La señora de Tremeuse se levanta, y con voz apagada por la emoción le dice señalando a Blanca y a Juanito que se han acercado a ella:

—Por su hija y por este inocente, le hemos perdonado.

te que haya podido correr su novia, ha tomado una barca y se ha lanzado en subusca, pero el Sardinilla temiendo que le ocurra cualquier accidente a su excelente amigo, suplica a Rogelio que le acompañe hasta el puerto, y una vez allí, ven desembarcar a don Casto en compañía de Miss Daisy a la que al fin ha encontrado.

Al día siguiente, el anciano Kerjean se pasea melancólico por la playa con-



Contempla luego a Blanca y a su hijo, cuyas dulces miradas dilatan su mútua pasión, y con gesto maternal y tierno coje las manos de los jóvenes y las une.]

*
* *

Mientras estos sucesos se desarrollan en la villa de Tremeuse, D. Casto cada vez más inquieto por la suerte

templando aquel mar que ha servido de tumba a su hijo, y tristemente piensa que sin aquella miserable aventurera, sin Diana Monti, su hijo no hubiera jamás abandonado el camino recto, y una cólera sorda se enciende en el interior de su pecho. Ah, si pudiera apoderarse de ella!, de fijo que aquella vez no se le escaparía. Las olas entre tanto se deshacen furiosas a

sus plantas inundando de espuma los guijarros de la orilla y cubriendo y descubriendo en su continuo movimiento una forma humana, un cadáver

Kerjean se acerca y reconoce con no poca sorpresa en aquel cadáver a la que fué el ángel malo de su hijo, y a la que las olas habían arrojado a sus piés como diciéndole:

—Ya estás vengado, Kerjean. La justicia se ha cumplido.

EPILOGO

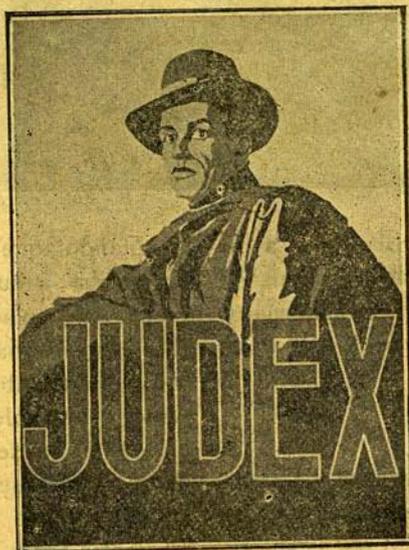
Ha pasado algún tiempo; el ex banquero Favraux, muerto civilmente, vive y se arrepiente en el más profundo retiro.

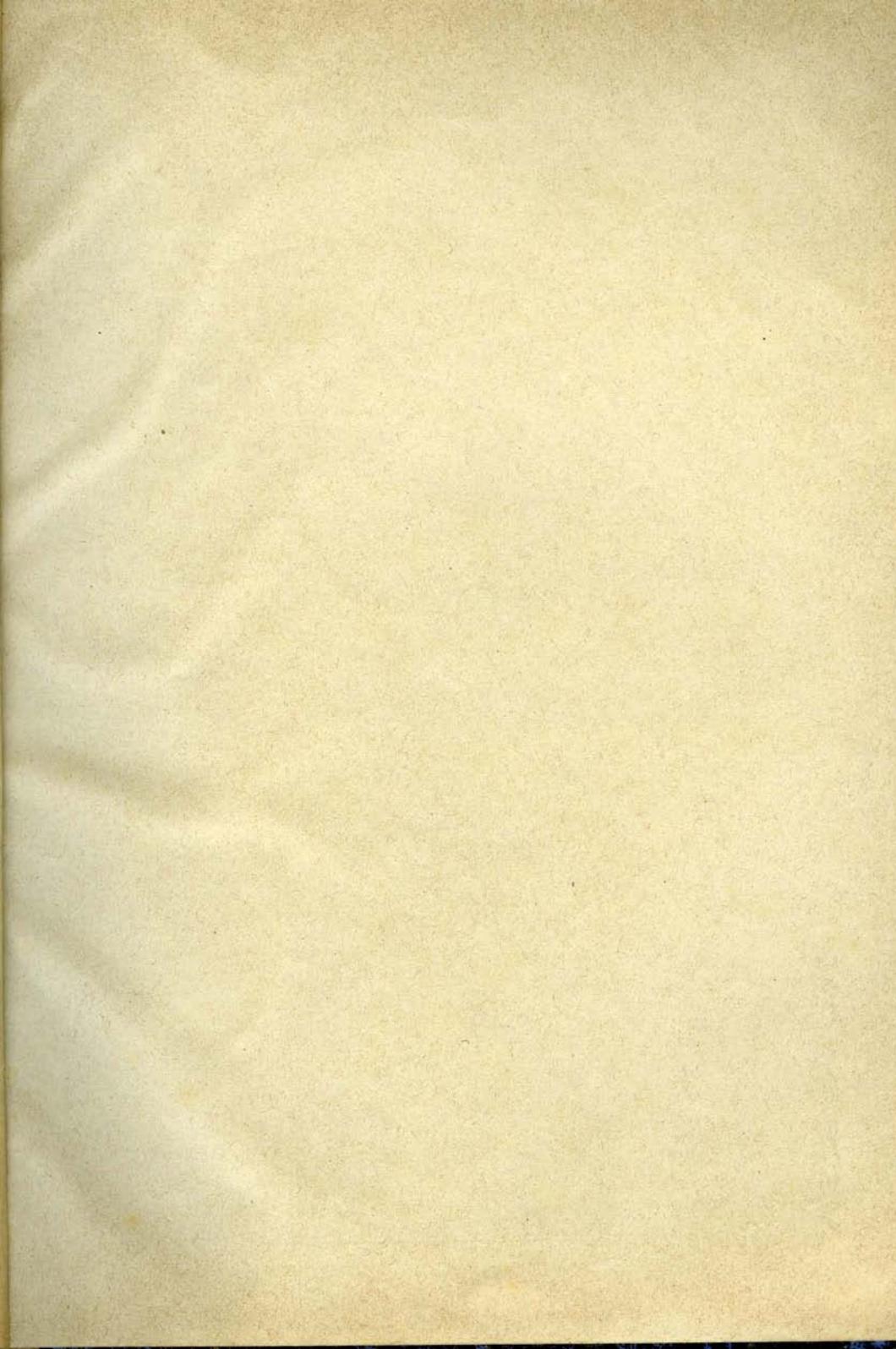
D. Casto que se ha casado con su ondina y que ha adoptado al Sardinilla

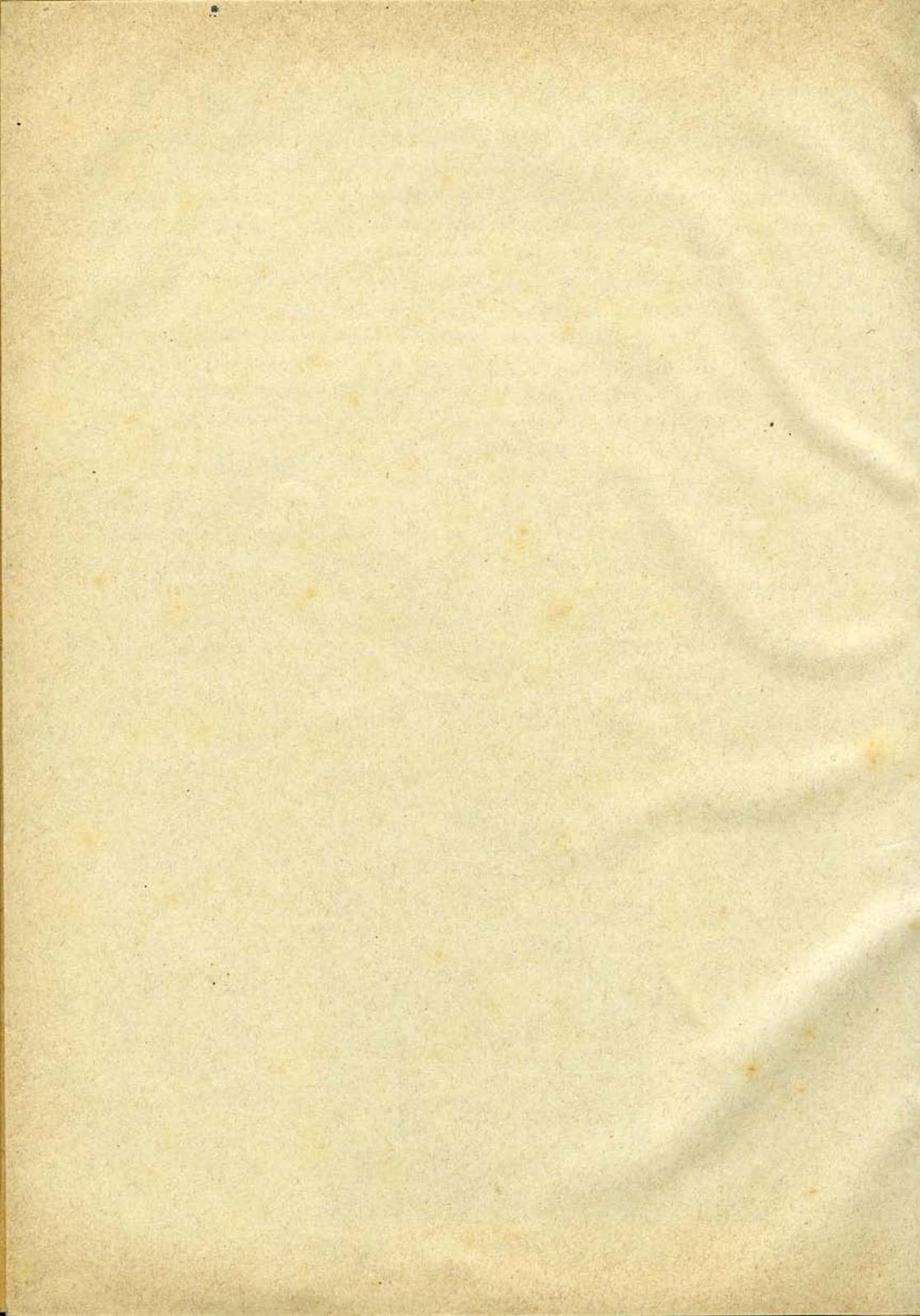
goza de la tranquila alegría del hogar, y a su vez se esfuerza por convertirse en ondino, pero siempre prudente, toma sus lecciones de natación sobre una mesa, bajo la cariñosa dirección de Miss Daisy y en presencia del Sardinilla que se muere de risa ante los movimientos de su padre adoptivo.

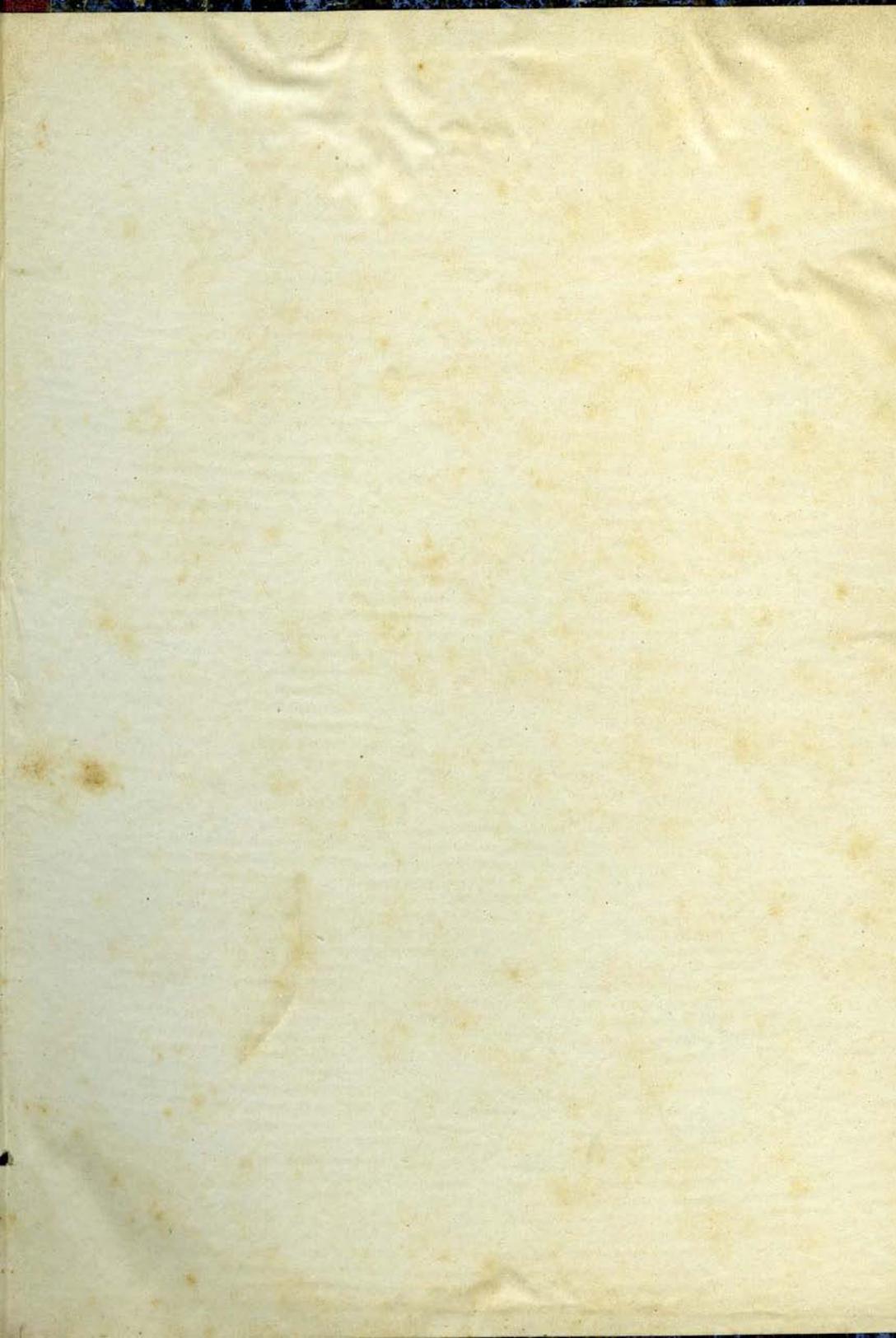
El anciano Kerjean ha puesto en Juanito el cariño que hubiera dedicado a su hijo, de haberlo éste merecido, y vive al lado de la señora Tremeuse y de Rogelio, mientras que Jaime y Blanca se han ido a hacer su viaje de bodas a un país lejano; un país en que las noches tienen la suavidad de una caricia, y en el que la luna pone la plata de sus rayos sobre un paisaje de una belleza infinita.

FIN DE LA NOVELA CINEMATOGRAFICA









Grandes Talleres de Encuadernación

DE

J. GÓMEZ MAS

Pí y Margall, 59

CASTELLON DE LA PLANA



Especialidad en los libros cuya du-
ración deba ser eterna

¡¡PRONTITUD Y ESMERO!!

Precios económicos

Tarifa especial para autores
y editores